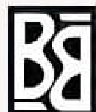


TENEBROSA BARBARA

PETER DEBRY



Un hombre es despertado por un muchacho en un solar marginal del distrito 14 de París; lentamente recuerda quién es, Simon Lefranc, un experto en construir cajas fuertes, un veterano de la guerra de Argelia que descubre que tiene una gran hinchazón en la nuca y un vacío en su memoria; no sabe qué ha ocurrido desde que acabó de almorzar hasta el momento de recuperar la conciencia. Vuelve al apartamento que comparte con Solange, su prometida y ésta, furiosa, le revela que ha estado fuera de casa tres semanas. La llamada de una misteriosa y sensual Bárbara no ayuda a hacer creíble su amnesia pero su posterior desesperación y el descubrimiento de todo el cuerpo magullado empiezan a convencerla. Ella le confiesa que había contratado un detective para localizarle; Lefranc encuentra, misteriosamente, una tarjeta del detective contratado en su bolsillo pero lo que le inquieta y atemoriza es la noticia de que éste fue asesinado un par de días antes y encontrado sin vida en un solar del distrito 14. Solange y Lefranc se ponen en contacto con Michel, familiar y médico, que decide bucear en sus conocimientos de psiquiatría para ayudarle a recordar; tras diversas sesiones la aconseja tranquilidad, le da unas misteriosas pistas y le anima a que dibuje todo aquello que, en forma de visiones o fogonazos, recupere de su memoria. También le desvela que esa amnesia nace quizás de su inconsciente voluntad de no recordar algo que hizo durante esas tres semanas, una actividad que decidió abandonar hace muchos años: robar una caja fuerte. Mientras Lefranc asume que quizás durante esas tres semanas estuvo secuestrado y obligado a robar alguna caja inexpugnable, recibe la llamada de la tenebrosa y sensual Bárbara que le cita en una casa abandonada; allí se desplaza y salva la vida milagrosamente tras una brutal explosión. Más tarde intentan atropellarlo con lo que su condición de perseguido se acrecienta. A través de su empresa de seguridad, donde trabaja, entre otros, su fiel secretaria Norma, consigue saber que tras esos atentados están dos delincuentes y la misteriosa Bárbara, en realidad, una prostituta, quienes le secuestraron y le obligaron a robar una joya valorada en tres cuartos de millón de dólares. Al tiempo que la policía empieza a investigar las sospechosas actuaciones de

Lefranc -su desaparición coincidente con el robo le incrimina-, éste busca la complicidad de Bárbara, que es asesinada, mata en defensa propia a uno de los dos malhechores y finalmente consigue desvelar la bruma de su memoria descubriendo dónde fue secuestrado y cómo tras toda la operación estaba también implicada su fiel secretaria, Norma. La policía, que seguía sus pasos, acaba deteniendo a los culpables y dejando en libertad a Lefranc que, además, consigue como recompensa los papeles que impedían su matrimonio con Solange.

Extraído de la página: http://peterdebry.blogspot.com.es/



Peter Debry

Tenebrosa Bárbara

Bolsilibros - Servicio Secreto - 983

ePub r1.0

LDS 24.01.18

Título original: *Tenebrosa Bárbara*
Peter Debry, 1969
Cubierta: Antonio Bernal
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO



Capítulo primero

Al salir a flote de las negras y tenebrosas barbaridades de una pesadilla me encontré ante la agradable e inocente cara de un chiquillo asustado.

—¡Pues sí! Usted me dio miedo. Me parecía que estaba muerto hasta que se puso a gemir como un fantasma. ¿Qué le pasó, señor?

Comprobé repentinamente que estaba extendido sobre tierra húmeda, con el chiquillo inclinado hacia mí. Me incorporé lamentándolo inmediatamente. Un dolor fulgurante me atravesó el cráneo de sien a sien.

Palpándome la cabeza me encontré con un bulto del tamaño de un huevo de paloma.

—¿Dónde estoy? —pregunté alelado.

—En un solar cerca de la calle Catacombes.

—¿Y tú quién eres?

—Me llamo Henri Duvernet, pero todos me conocen mucho mejor por Riton. Tengo doce años, ya cumplidos. ¿Qué le pasó, señor?

—No cabe duda de que me dieron un porrazo.

—¿Quién?

—Ojalá lo supiera.

—¿Es usted polizonte?

—No.

—Ya… Entonces, seguro que es del servicio secreto, sección DCI o del grupo de choque de la SDECE.

—No. Soy eso que llaman un hombre de negocios.

Por lo menos recordaba mi trabajo. Por consiguiente, no había perdido completamente la memoria.

—Creo que debe usted mirar su cartera. Me apostaría lo que

fuese a que esto era lo que querían los que le atizaron, señor.

Mi cartera estaba intacta. Me hizo parpadear el hecho de que contuviera más dinero que cuando salí de mi apartamento por la mañana. Y seguía en posesión de mi reloj.

Riton llevaba un instante meditando. Sugirió:

—Debieron ser alarmados por alguien acercándose. Yo, en su lugar, me largaría aprisa. Este barrio es de gente peleona y mala uva. Bueno, toda no. Pero la mayoría, sí.

Me levanté penosamente y tuve que adosarme contra el muro para no caer nuevamente. Pese a mi abrigo, tiritaba.

—¿Cómo fue que me encontraste?

—Yo venía a reunirme con mi panda. Al llegar vi a unos compañeros que se las piraban como si tuvieran miedo. He buscado qué era lo que les había asustado y le vi a usted tirado por el suelo cerca de la tapia. Ellos creyeron que estaba usted muerto y huyeron.

—Es posible que fueran tus compañeros los que alarmaron a los que me han atacado, obligándoles a marcharse. ¿Querrás preguntarles a tus compañeros?

—Claro que sí.

—¿Dónde podré encontrarte?

—Vivo precisamente en la esquina. Calle Froideveaux, 14, segundo.

Le tendí diez francos nuevos a la vez que le agradecía su comportamiento. El chico rechazaba el billete. Con sinceridad. Conseguí embutirle el billete en el bolsillo de su remendado chaquetón.

—Bueno, gracias, señor… Y debería ya mudar de barrio. Ha tenido suerte. Pudo encontrarlo otro cualquiera y a lo mejor, se muere usted de verdad o le limpian toda la ropa.

Era un chiquillo agradable, desgraciadamente repleto ya de experiencia. Tambaleándome pero apoyándome con la mano en la tapia, abandoné el solar.

Ignoraba por completo dónde me hallaba y cómo había llegado hasta allí. Por la primera placa de mármol que pude leer al salir a una callejuela lóbrega y triste, supe que indiscutiblemente estaba en mi París, en el distrito 14, Denfert-Rochereau.

La callejuela era un conjunto de almacenes cerrados. Era increíble que en mi París hubiesen sitios así, totalmente desiertos,

como un paraje de pueblo fantasma del oeste. Sin nadie transitando.

Avanzaba con el paso incierto de un borracho, dando a ratos mi empujón contra tapias o las puertas metálicas cerradas, para poder continuar en posición vertical.

Recité en voz alta:

—Te llamas Simón Lefranc. Tienes veintiocho años. Vendes aparatos de seguridad y alarma. Has inventado el cerrojo especial Lefranc cuya patente posees. Tu novia se llama Solange.

Bajo una farola miré el reloj. Las ocho y pico. De costumbre vuelvo a nuestra casa a las seis y minutos. Por cuestiones de economía, la hemos dividido en dos apartamentos, hasta que Solange consiga por fin todos los papeles legales que necesita para que pueda ser mi esposa.

A estas horas Solange debería estar muerta de inquietud. O tal vez no. ¿Seguía ella queriéndome? Últimamente habíamos tenido muchas disputas acerca de todo y de nada.

Avancé a la ventura por aquella larguísima calle desconocida y brumosa, intentando acordarme de mis actos durante la jornada transcurrida.

Como siempre, a las ocho y media me había ido de casa y el beso de Solange había sido más bien frío. Recordaba haber llegado a mi despacho. Abrí la correspondencia y le dicté cartas a mi secretaria, Norma Orleac.

Era su cumpleaños y le regalé unas flores además de una estupenda estilográfica «Sheaffers». Era una chica encantadora y muy eficiente.

Por cierto que mis dificultades con Solange empezaron el mismo día en que entró en mi despacho y me encontró abrazado a mi secretaria.

Norma y el chico de los recados habían adornado el despacho para las Navidades y habían colgado de la lámpara central el clásico ramito de muérdago. Por casualidad, nos tropezamos Norma y yo bajo el ramito y la abracé. Tradición. Buena voluntad. Cordialidad.

La mala suerte quiso que Solange eligiese precisamente para venir a verme aquel momento en que por vez primera abrazaba yo a mi secretaria.

Ahuyenté de mi espíritu el problema de Solange y seguí evocando mi jornada laboral. Tras dictar el correo, sostuve una

larga charla con mi socio, Félix Prince, sobre la leve baja de las ventas. Sonó el teléfono. Una sucursal del Banco del Oeste había sido visitada la noche anterior.

Los ladrones habían intentado desmontar la cerradura de la caja, pero sin éxito, naturalmente. Era un Cerrojo Especial Lefranc. La explosión que fue el recurso que emplearon, había estropeado también la combinación y me rogaron que fuese a examinarla.

He nacido con un don. Saber abrir cajas fuertes. Para seguir permaneciendo del lado honrado de la trinchera social, me he dedicado a hacer inviolables las cajas fuertes, en lugar de utilizar mis aptitudes para apoderarme de lo que contienen.

Recordaba haber hablado con el director y logré arreglar el mecanismo después de varias horas de trabajo. Me fui del Banco hacia la una y media. Me dirigí a mi restaurante preferido. ¿Qué almorcé? Ni idea.

A partir de aquel instante, y hasta las ocho y cinco, hora en la que me encontró Riton, todo era un túnel tenebroso.

Por fin la calle se normalizaba. Más luz, casas habitadas y en su esquina un café. Lo reconocí. El Mistigri es célebre en Montparnasse. ¿Qué hacía yo en Montparnasse, tan lejos del barrio en que se hallaba el Banco del Oeste? El doble de coñac que me tomé me reanimó por completo.

Pero seguía sin recordar nada absoluto de lo que pudo sucederme desde el mediodía a la noche.

Había una estación de metro, la de Edgar Quinet, allí cerca. Mi pisada no era todavía muy firme. ¿Qué acogida me daría Solange? Llevábamos ya dos años de noviazgo. Tenía veintitrés años.

Creo que nos queremos, pero no acabamos de congeniar. Me gusta la música clásica. Ella prefiere los berridos de conjuntos modernos. Adora el baile y a mí no me agrada removerme y agitarme como un epiléptico. Le encanta el cine y el teatro. Yo prefiero quedarme en casa leyendo y viendo a ratos la TV.

Cuando abrí la puerta de casa, ya me sentí mejor inmediatamente. Una cocina comunicante separa ambas mitades del piso. Y Solange salió de la cocina.

Como siempre, verla me trastorna, me fascina, como si poseyese un extraño sortilegio. No es solamente por su belleza. Hay en su semblante algo travieso, enigmático. Su boca es expresiva,

generosa. Sus grandes ojos grises, son misteriosos como lagos de fondo ignorado. Su esbelta figura tiene unas formas rotundas.

Solange Markof, en su totalidad, tiene un encanto que me zambulle en éxtasis de adoración.

Al verme, se detuvo, petrificada. Su mano subió a su garganta al cabo de unos instantes.

Su voz, de costumbre grave, honda, sensual, tenía ahora ronquera y rebosaba también de indignación:

—¡Mira qué bien…! El señor se presenta así, de pronto, como si tal cosa.

Nunca me había hablado en aquel tono. Ni siquiera cuando el incidente del abrazo con Norma Orleac.

—No hay para tanto, mujer. Ya sé que me he retrasado en tres horas…

—¿Tres horas, sinvergüenza? Si es broma, es estúpida.

—Pero ¡qué broma ni qué…! En vez de llegar a las seis, llego a las nueve, ¿no? Simplemente tres horas. —Querrás decir, tres semanas, ¿no, cariño?

CAPÍTULO II

Me tocaba el turno de parecer petrificado. Insistí:

—Tres horas, querida. Un vagabundo me asestó un porrazo y…

—Telefoneé a todos los hospitales. No estabas en ninguno.

—Claro, porque no fui a ningún hospital. No era tan grave como para necesitar asistencia clínica.

—Entonces, ¿dónde has pasado estas tres semanas?

—Vamos a ver, vamos a ver… ¿De qué diablos estás hablando?

—De tu partida hace tres semanas, de tu silencio durante todo este tiempo y de tu regreso esta noche, como si no hubiera pasado nada.

Tuve que sentarme. Recomendándome calma, indagué:

—¿Qué día es hoy?

—¿T tú qué crees que es hoy?

—El primero de noviembre.

—Estamos en noviembre, sí, pero a veintidós de noviembre.

—¡Sol! Cuidado, ¿eh?

Cuando me enciende la sangre en exasperación, la llamo Sol, porque me sale espontáneo. Cuando es dulce y paradisíaca la llamo Ángela. No es ingenioso, pero es así.

—Cuidado, ¿con qué, Simón?

—Si se trata de una broma, te advierto que me sienta como un tiro. Estoy herido…

—Y yo también, Simón. Moralmente, ¿quién es ella ahora? ¡No, no me vayas a decir que hiciste una cura de reposo! Y esta vez no es Norma. Lo comprobé. Se trata de otra.

—No hay ninguna otra, salvo tú, mujer. Te amo y te amaré hasta el fin de mis días. Déjame coordinar… si es posible. Déjame que intente comprender… Como de costumbre, a las ocho y media, me

fui esta mañana…

—¡Hace tres semanas!

Preferí ignorar la interrupción.

—Llegué al despacho, dicté la correspondencia y fui al Banco del Oeste, en la plaza de Wagram, para abrir la caja fuerte. Luego salí del Banco para ir a comer al Roxana, pero no recuerdo haber llegado al Roxana.

—No llegaste allá. La policía ha visitado tus madrigueras habituales.

—¿La policía? ¿Has avisado a la policía?

—¡Naturalmente! Hasta llegué a temer que te hubieras muerto. Pero la policía no halló pista alguna. Fui a una agencia de investigación. Un extraño individuo, ex policía, llamado Bresson.

Levantándome, abandoné el recibidor, atravesé la cocina y entré en el *living* que pertenece a los dormitorios privados de Solange. Ella es muy ordenada.

Conserva revistas y periódicos, por un mes. Luego, vende al peso.

En el estante correspondiente a Prensa atrasada, fui recorriendo los ejemplares correspondientes al mes de noviembre. Ahí estaban…

Desde el día primero de noviembre… hasta el día de la fecha: 22 de noviembre.

Solange no podía imprimir ejemplares de *Le Fígaro*, solamente para jugarme una broma pesada.

Me senté en lo que estaba más cerca. Un diván. Apoyando un codo en mi rodilla, y el mentón en el puño, traté de serenarme.

Demasiado suave la entonación de Solange diciéndome:

—Pareces exactamente la copia viva del Pensador de Rodin. ¡Qué gran actor pierde el mundo!

—Es increíble, increíble —fue lo único que se me ocurrió decir.

—Lo que es increíble es que no hayas encontrado una excusa algo mejor y más inteligente. Y si supiera el nombre y la, dirección de la frívola mujerzuela que te ha tenido en su regazo durante estas tres semanas.

—¡Por favor, caray! Pero…, ¿es que todavía no te has dado cuenta? ¿Es que no comprendes que he perdido la memoria?

La risita que emitió Solange era un compendio de incredulidad.

—Esto de la amnesia es el truco más viejo de la historia. ¿Es que me tomas por una retrasada mental o qué?

—¡Te juro que es la verdad! No puedo recordar nada desde el momento en que salí del Banco y aquél en que me desperté con la cabeza dolorida en un solar desierto del distrito 14. Créeme, Solange, te lo ruego. No hay ninguna otra mujer…

—¿Cómo lo sabes, si has perdido la memoria?

—Es que… Bien, que yo no puedo amar a ninguna más que a ti.

En aquel mismo instante sonó el teléfono. Como estaba a mi alcance, maquinalmente lo cogí y también por automatismo, mascullé:

—¿Sí? ¿Quién?

—Hola, querido. Aquí, Bárbara.

La voz femenina era baja, cálida, seductora, pero totalmente desconocida.

—¿Bárbara?

—Simón, cariño, reconozco tu voz, pero…, ¿qué te ocurre?

—Se trata de un error. Número equivocado.

Y colgué.

Mirando a Solange, repetí:

—Número equivocado.

¿Había oído? Estaba sentada a mi lado y no recordaba yo si pegué el auricular suficientemente. ¿Cómo iba a recordar nada de nada? Volví a apoyar la mandíbula en el puño.

—Debo confesar que no tienes aspecto de encontrarte bien. Te luces una palidez espantosa. ¿Te daba serenatas nocturnas tu nueva amada?

—¡Maldita sea! ¡Mira aquí!

Incliné la cabeza señalándome detrás de la oreja.

—¿También he inventado este chichón?

Ella miró y respingando tuvo que reconocer:

—Parece todo un golpe de verdad. No lo has inventado, no. Paro es reciente. No te lo pegaron hace tres semanas.

—Voy a llamar a Michel. Pero primero déjame limpiarte la contusión.

Michel Mercier es mi primo y también nuestro médico de cabecera.

—No te molestes en llamarle, muchacha. El no cree que los

miembros de su familia puedan estar nunca enfermos.

Solange abandonó el *living* y no tardó en regresar con una jofaina de agua caliente y en la misma bandeja, algodón, gasas y demás.

Me dejé hacer. Y la oí murmurar:

—He sufrido mucho durante tu ausencia, Sim. No digas nada…

Su mano se crispó en mi hombro:

—¿Cuándo y por qué empezamos a distanciarnos tú y yo, Sim?

—Nunca nos hemos distanciado y…

El teléfono volvió a repicar. Esta vez fue Solange la que asió el aparato. Antes que yo. Nadie contestó a su invitación y oí el clic del otro aparato, un poco antes que el estampido del nuestro.

Mirándome fijamente, ronroneó ella:

—Supongo que se trataba otra vez de tu Bárbara.

—¡Yo no conozco a ninguna Bárbara!

—Colgó al oír mi voz, claro. Pero te notifico que si me has encontrado ha sido porque esperaba a saber algo de ti. Ahora… recogeré mis cosas y me iré a otro lugar cualquiera. A un hotel, a cualquier sitio, rápido.

El teléfono volvió a dar la tabarra con su campanilleo. Lo señalé:

—Anda, contesta tú. Yo no tengo nada que ocultar. Si es la tal Bárbara, pídele que venga. Miremos las cosas —de frente y arreglemos las cosas como debe ser…

Ella se acercó el auricular pero sin adherirlo, para que yo pudiese oír. Una voz masculina, sonora, muy varonil, preguntaba cariñosamente:

—¿Eres tú, Solange?

—Hola, Félix. Espera un momento.

Tapaba ella la horquilla. Me erguí colérico.

—¡Venga, ahora te toca a ti cantar la verdad! ¿Quién es este meloso de Félix, tan acaramelado?

—Tu socio. Félix Prince. Cada día llama para saber si tengo noticias tuyas. ¿Quieres hablarle?

—¡Tengo que hablarle! —Y cogiéndole a Solange el aparato, anuncié—: Hola, Félix. Ya estoy de regreso.

La pausa fue elocuente. Y luego la voz ostentando infinito asombro:

—Pero ¿dónde demonios estuviste? ¿Adónde fuiste?

—No tengo la menor idea. ¿Has oído hablar del hombre sin pasado? Soy yo.

—Muy gracioso. Y ahora, dime la verdad.

—Escucha, no sé cómo explicarlo… Recurro a todo el control posible de mi supuesta inteligencia. No tengo el menor recuerdo de nada. Esta noche al regresar, ignoraba que hubiese estado ausente tres semanas y todavía no he logrado hacerme a la idea… Iré mañana.

—Ven solamente si te encuentras lo bastante bien.

—Razono, luego existo, ¿no? Por el momento, estoy muerto de fatiga. Hasta mañana, Félix.

Volví a instalarme en mi esquina del diván. Murmuró Solange:

—Casi empiezo a creerte, Sim… Y tiene que haber algún medio de saber dónde estabas. ¿Has rebuscado por tus bolsillos?

—Miré mi cartera. Hay doscientos francos en billetes de a diez y esta mañana cuando salí solamente llevaba cincuenta. También en billetes de a diez.

Empecé a revolver hacia fuera mis bolsillos, incluyendo los posteriores del pantalón. Cayó una cartulina al suelo. La recogí, leyendo:

Alfred Bresson
Investigaciones de todas clases
Discreción garantizada.
190, Lafayette Tf: LAF-
131 014
París-9

Contemplé meditativo a Solange.

—Creo que me dijiste haber tratado con un ex policía, ahora detective privado. Un tal Bresson, ¿no es así?

—Sí. ¿Por qué?

—Su tarjeta comercial estaba en mi bolsillo. Por consiguiente debió encontrarme él a mí. Y sin embargo, ni sé quién es ni nunca he hablado con ningún Bresson.

—Entonces, ¿cómo tienes su tarjeta?

—Eso sí que es fácil de saberlo.

—¿Cómo?

—Basta con telefonearle y se lo pregunto a él.

—No te servirá de nada para disipar tus tinieblas, Simón.

—¿Y por qué no, si puede saberse, querida?

—Porque hace tres días encontraron su cadáver. Hice un gesto muy vulgar. Me barrené la oreja con el meñique.

—Repite, por favor, no vaya a ser que crea haberte oído hablar de un cadáver. El de Bresson.

—Tenía clavado un cuchillo en el corazón. Y le encontraron en un solar desierto de Denfert-Rochereau, distrito catorce.

CAPÍTULO III

El semblante de Solange expresaba recelo y temor. Me miraba fijamente. Aquella mirada penetrante y el silencio acabaron por exasperarme.

—Vamos a ver, vamos a ver, muchacha… ¿Es que crees que yo maté a tu detective?

—¿Puedes jurar que no fuiste tú?

—No, no sé nada de nada.

Ella se levantó.

—Voy a llamar a Michel.

Estaba en su casa y llegó con una rapidez digna de elogio. Vestido con un grueso chaquetón de esquiador y un pantalón manchado de grasa, ostentaba su habitual sonrisa.

Dije sarcástico:

—Ahí tenemos al célebre galeno en ropa de faena.

—Mi trabajo diario había acabado. No supondrás que iba a ponerme camisa blanca y zapatos negros para venir a verte. ¿De dónde sales y qué te ocurre?

—Es como si saliera de un largo sueño. Padezco amnesia.

—Lo que padeces te lo diré yo cuando te haya explorado. ¿Dónde despertaste? ¿En un garito o en el lecho de…?

—¡Desperté en un solar de Denfert!

—Oye, Solange, ten paciencia y déjame a solas con tu futuro. Necesito oír su confesión.

Solange abandonó mi estudio. Conminó Michel:

—Ahora adelante, luz verde. Nada de reticencias ni complejos. Nada de disimulos conmigo.

Le expliqué todo lo que recordaba evitando toda alusión al detective privado Bresson. Mientras, él me palpaba el pulso, me

contemplaba el blanco de los ojos, hizo unas cuantas presiones en mi cráneo y examinó la contusión con un tacto suave completamente inesperado en un bruto como él.

—En todo caso, no tienes ninguna fractura, aunque puedas estar bajo los efectos de una leve conmoción. Tienes que encamarte.

—¿Dormir cura la amnesia?

—No soy especialista, pero la amnesia es algo muy compatible con tu estado de alelamiento, más pronunciado que de costumbre. El choque ha liberado en ti el deseo profundo de olvidar algo que tu consciente se niega a contemplar de frente. Últimamente, ¿sufriste alguna contrariedad? ¿Desacuerdos con tu futura?

—Un poco. Ella y yo tenemos un genio bastante distinto, ¿sabes?

—Conozco muchas parejas felices donde la diferencia de genios es todavía mayor. ¿Te obsesiona el cortocircuito con Solange?

—Mucho.

—Hace tres semanas, cuando te fuiste, ¿habías discutido con Solange?

—En efecto. No sé a causa de qué, pero discutimos duro.

—Y lógicamente la quieres duro y a fondo.

—La quiero enormemente.

—Vamos disipando la broza. Tengo que serte pedante. Padeces de conflicto conmocional, contención insoportable, y amnesia psicopática. Dentro de un par de días te llevaré a ver a un especialista para que te examine. Mientras, la receta es tranquilidad, reposo y dieta. Tu memoria puede muy bien regresar por su cuenta.

—Esto es lo que anhelo.

—Pero no confíes demasiado en que sea pronto. La amnesia es un asunto raro. A veces la definimos como un escapismo, una fuga inconsciente del medio ambiental en que vivimos.

Fue a llamar a Solange, le dijo que me convenía guardar cama, reposar, y régimen ligero de comidas. Dejó unos comprimidos en la mesita recomendándome tomar dos antes de acostarme. Añadió:

—Si puede reconfortarte, Solange, creo que él dice la verdad.

—¿Sobre su amnesia?

—Y también sobre el resto. Lo infalible también es que te quiere mucho, de veras.

Ella le acompañó hasta la puerta y regresó a mi lado.

—O sea que me quieres de verdad, ¿eh?

—Te consta.

—¿Y qué pasa con Bárbara?

—Nada. No conozco ninguna Bárbara.

—Pero es que ella te conoce, es más que evidente.

Es palpable y audible. ¿Y Norma? Ahí sí que no te cabía alegar amnesia. Parecías una lapa. No, no me expliques otra vez la historieta del muérdago. Tienes más cuento que las mil y una noches. ¿Qué quieres para cenar? ¿Huevos pasados por agua y un café con leche?

—¡Un filete con patatas fritas, adornado con jamón y huevos, todo junto!

—Michel dijo que debes estar a dieta, y aunque sea tu primo, es un excelente médico.

—Ahora me doy cuenta.

Mientras me preparaba la cena, salí por la puerta posterior y bajé al garaje. Me preguntaba en qué estado iba a encontrar, después de tres semanas de abandono, mi amada compañera de fines de semana en el campo.

Mi «Simca» estaba mejor que la había dejado. Lustrosa, limpia, brillante. Ni rastro de polvo.

—Pasé a la cocina.

—¿Quién aseó mi «Simca»?

—Yo. ¿Quién iba a ser?

—¿Por qué lo hiciste, Ángela?

—Porque sabía que era así como te gustaría encontrarla cuando regresases.

La enlacé con abrazo ansioso. Ella se liberó con arte.

—Estás enfermo, amnésico, debilitado y lo sabes, puesto que eres un amnésico.

La cuestión es que cené filete, huevos, jamón y patatas. Y ella entró en mi estudio-alcoba cuando yo me quitaba la camisa. Lanzó un grito:

—¡Sim! ¡Mírate!

Seguí la dirección de sus dilatados ojos. Mi pecho y costillas estaban recubiertos de huellas de golpes que iban del amarillo al negro pasando por el azul. Hasta entonces no había sentido nada, pero cuando apoyé los dedos sobre los moretones, desperté el dolor

agazapado.

—Debes estar sufriendo horrores, Sim. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Deben ser trompazos lejanos. No me duele si no los toco. Ahora bien, no me preguntes cómo pasó, porque no lo sé.

El detective Bresson, desconocido, ocupó de nuevo mi pensamiento. ¿Su cadáver llevaba huellas de golpes? ¿Y si fuera un clásico caso de: «Yo estoy en mal estado, pero si vieran al otro cómo quedó…»?

Podía darse el caso de que Bresson y yo discutimos, peleamos… No, porque él apareció muerto en el solar aquel u otro cercano, tres días antes de que yo fuese descubierto por el chaval.

Me deslicé con deleite bajo las sábanas. Ceremoniosa, Solange reapareció en pijama y batín. Preparaba el sillón-cama y anunció:

—Velaré tu sueño por si me necesitas.

—Te necesito horrores.

—Duerme, hombre.

Mi mente trabajaba demasiado para que pudiera yo dormir pese a los comprimidos de Michel. La serie de interrogantes estaba clara. ¿Quién me había dejado el cuerpo como un mapa? ¿Quién había matado a Bresson dejando su tarjeta en mi bolsillo? ¿Quién era Bárbara? ¿Dónde estuve yo durante tres semanas?

Luchaba contra el pánico de ser el asesino de Bresson. Vencí. Si me suponen inteligente y buena persona, nunca seré un asesino.

¿Por qué mataron a Bresson? ¿Por qué me había encontrado? ¿O lo había matado yo porque yo no quería que me encontrasen? ¿Qué hacía la policía? ¿Qué habían descubierto?

Era necesario, apremiante, urgente, vital… que recordase.

De pronto oí zumbar el péndulo de la entrada y al segundo, repicó en la habitación el carillón de alarma con progresiva sonoridad.

Me incorporé de un salto. Me latía fuerte el corazón. Y la cabeza. Solange ya estaba en pie, revistiéndose el batín.

—Simón… La alarma. Alguien trata de entrar.

El campanilleo continuaba alarmando. Fui en busca del bastón especial, con puño de plomo y hoja acerada enfundada.

—No bajes —suplicó ella—. A lo mejor llevan armas.

Encendí la pantalla con mano algo trémula y al franquear la

puerta, oí el rumor de pasos lanzados a la carrera por el jardín. Me precipité a la ventana, descorrí las cortinas, a tiempo para ver dos individuos saltar el murete y perderse de vista por la avenida.

Cuando desconecté la campanilla de alarma, oí un coche arrancar a lo lejos. Descendí a la planta baja, donde está mi garaje, taller y el invernadero-bodega.

Descubrí que el cristal de la puerta del invernadero había sido recortado cerca del picaporte. Lo habían alzado, poniendo en marcha la alarma. El zumbido y pitido asustaron a los aspirantes a ladrones. Aquel sistema de alarma era un invento mío, aplicado a todos los cierres de mi domicilio.

Un sitio tranquilo, fuera del Cinturón de París, en la barriada de Vanves, Avenida Voltaire, con espaciadas casitas de dos plantas y recuadro de jardincillo. Está uno en su casa. Fuera del ruido capitalino.

Herencia de mis difuntos padres. Es tal vez la orfandad mía y la de Solange Markof la que en el fondo nos une tanto.

Volví a subir. El claro y lechoso cutis de Solange tenía cierta lividez, pero su voz sonó serena:

—¿Todo va bien?

—Todo en orden, salvo un trozo de cristal del invernadero. Deberían haber pensado que si vendo instalaciones de seguridad, tendría una muy completa en casa.

—¿Supones que sabían quién era el dueño de la casa que querían robar?

—Eso parece. Sería una coincidencia demasiado inverosímil que fuésemos víctimas del primer intento desde hace dos años en que me instalé aquí, precisamente el día en que vuelvo de una ausencia de tres semanas.

—Pero ¿qué buscaban?

—Me buscaban a mí. Pude ser testigo del asesinato de Bresson y sería un testigo de cargo.

—Entonces, ¿por qué no te mataron? ¿Por qué te dejaron libre?

—Debieron ser interrumpidos antes de poder rematarme.

—¿Llamo a la policía?

—El intento de penetración les falló y se fueron. No, nada de policía. No quiero llamarles la atención mientras no sepa dónde he estado durante tres semanas… y qué hice.

—¿Temes algo?

—No sé qué concretamente, pero ponte en mi lugar, querida. Trata de imaginarte lo que es volver a tu casa, magullado, llevando en el bolsillo la tarjeta de un hombre asesinado…, asesinado mientras te buscaba… Y no recordar nada.

—Debe ser horrible. ¿Qué piensas hacer?

—Esperar un poco, a ver si me vuelve la memoria. Michel dice que es posible.

Apagué la luz. Las tinieblas que me rodeaban no eran nada comparadas con las que adensaban mi mente. Me sentí lastimosamente débil, infantilizado.

A tres pasos estaba ella, simulando dormir. Dije:

—Me siento como el niño del poema de Villon. Un niño que grita en la noche, un niño que pide luz y no tiene más lenguaje que el grito, porque una caída en el bosque tenebroso lo dejó mudo.

Oí susurro de ropas. Ella se aproximó y su voz temblaba de emoción:

—No estás solo, Sim… Soy tu mujer, siempre, cariño mío…

Bobadas, pero por ellas vale la pena vivir.

CAPÍTULO IV

Dormí estupendamente y me desperté pleno de vigor. Vino Michel y le enseñé las magulladuras. Diagnosticó que eran huellas con por lo menos una quincena de antigüedad. Nada recientes. Y que el tiempo las horraría.

En conjunto me encontró en forma, pero me ordenó quedarme en cama hasta su próxima visita. Le dije que bueno, pero no era ésta mi intención.

Después de que se hubo ido, entró Solange. Ostentaba la dulce expresión que me hace quererla aún más.

—¿Le hablaste del intento de asalto de anoche, Sim?

—No, querida. Es médico, no cristalero.

—¿Qué haces?

—Ya lo ves. Me levanto.

—Michel te lo ha prohibido.

—Los médicos tienen la manía de meter a todo el mundo en cama. Me encuentro perfectamente.

Renunció a oponerse y fue a preparar el desayuno. Procedí a mi aseo, silbando una tonadilla que me horripilaba. Cuando pasé a la cocina-comedor, la radio estaba largando el mismo rollo, por el sentimental y afónico Adamo.

«La primera vez que nos vimos, yo supe que eras mi diosa. Y desde entonces supimos que el porvenir era una sola rosa…».

Me lamenté en vulgar prosa, sin ripios:

—Es también una guasa que me vea obligado a escuchar apenas me levanto semejante idiotez. La oigo por todas partes.

Solange cerró el transistor.

—¿Dónde la has oído?

—Por aquí y por allá. Tengo esta tonadilla metida en la cabeza y

hasta la silbo afeitándome. ¿Cómo se llama?

—«La primera vez que nos vimos». Una canción creada y lanzada al éter hace diez días.

—¿Quieres decir que no existía cuando me fui de casa?

—No, puesto que acaba de ser puesta en disco.

—Vaya, vaya… He debido pasearme por ambientes musicales modernos.

Desayunamos. Hasta que Solange me preguntó:

—¿En qué estás pensando?

—En la primera vez que nos vimos. Este refrán… parece ajustarnos como un guante.

—Sí. Algo hay…

No me gusta mucho el teatro de aficionados, pero un amigo me arrastró a una representación de «Rebeca» por el Grupo Internacional.

Solange Markof desempeñaba el papel principal. Y no le quité la vista de encima en toda la representación. Mi amigo, que la conocía, me la presentó. Y así comenzó todo.

Solange seguía formando parte del grupo teatral y como si estuviera siguiendo mis pensamientos, anunció:

—Esta noche tengo ensayo, pero si lo deseas, puedo faltar.

—No, no. Vete a tu ensayo. Ya estoy en plena forma…

—No pensarás en ir a la oficina…

—Le prometí a Félix darme una vuelta por allí. No me quedaré mucho tiempo.

Pese a la circulación era maravilloso agarrarse al volante. El inmueble donde está mi despacho tiene *parking* subterráneo. Una ganga. Allí estaba en su sitio de siempre el ruidoso «Alpine» de Félix Prince.

Le conozco hace años. Hicimos el servicio militar juntos. Nos tocó la china en Argelia. Con el dinero de Félix montamos el negocio. El como perito mercantil Yo como técnico en electrónica. Se ocupa de los problemas financieros y yo del trabajo material.

Su buen carácter le hace un socio agradable, pero pese a rondar los treinta, no ha salido de la adolescencia en algunos terrenos. Fue paracaidista en Argelia y por dos veces aterrizó mal, le hirieron y obtuvo dos condecoraciones. No permite que nadie lo olvide.

Norma Desmond fue la primera en verme apenas entré. Se

levantó de un salto, empujando la máquina en su precipitación:

—¡Oh, señor Lefranc! ¡Cuánto me alegra volverle a ver! Le he… le hemos echado tanto de menos… ¿Como se encuentra?

—Muy bien, Norma. Gracias.

Norma es una preciosa morenita de ojos azules. Es la más concienzuda y eficaz de las secretarias.

Firmin, el chico de los recados, se pasa el día escribiendo ensueños raros, bombardeando moscas con un tirador de goma, y gastando suelas llevando a domicilio las cartas que tiene que echar al buzón. Así ahorra guardándose el dinero de los sellos. Al verme, escondió rápidamente una libreta, y ostentó una sonrisa de bienvenida.

—El señor Prince está en su despacho —me dijo Norma.

En efecto, Félix estaba en su despacho. Mejor dicho lo rellena con sus noventa y cinco kilos. Sacó su frasco de Sherry que es el objeto más precioso que conserva en su caja fuerte, aparte del revólver de la empresa.

—O sea que hemos regresado al redil, ¿eh, hermano? ¿Cómo te va la memoria?

Le di toda la información que pude, pero sin aludir al asesinado Bresson ni a los frustrados asaltantes de la noche. A Félix le encanta mezclarse en los asuntos de los demás.

—Bebe ser un tormento para ti, Simón. Me acuerdo de mi primer aterrizaje forzoso. Me encontró en un árbol, y me liberé del paracaídas. No tenía ni un rasguño. ¡Y zas! Una rama se rompe y pico hacia el suelo, cabeza delante.

Cerré los ojos. He oído todas sus memorias de guerra con todas sus variantes y me fastidian.

—Deberías escribir un libro, Félix. ¿Cómo van los negocios?

Según me explicó, iban en alza. Me dio detalles. Le interrumpí prometiéndole que lo discutiríamos todo, cuando estuviera yo del todo equilibrado.

—De acuerdo, compadre. Primero has de reponerte. No debiste venir hoy.

—No me quedo. Vine a ponerme al corriente de las últimas novedades y de paso llevarme el revólver de la casa.

—¿Para qué quieres tú el petardo?

—Para protegerme. Los muchachos que me dejaron sin sentido

no son amigos de la infancia y tal vez decidan probar otra vez suerte conmigo.

—Tienes razón. Y además, es tu revólver.

Abrió la caja y extrajo el «Mauser», nueve corto. Me lo tendió.

—Habrás perdido ya la costumbre. ¿Sabes cómo se emplea? —bromeó.

—Se apunta y se aprieta, sin olvidarse de quitar el seguro.

Lo enfundé en mi bolsillo interior y pasé a mi despacho. Norma estaba clasificando cartas en el archivador. Noté en su anular una novedad, sobre la cual con sus movimientos de mano ella parecía querer atraer mi atención.

—¿Qué sucede, Norma? Esta argollita es preciosa. Parece un anillo de novia.

—Sí… Lo es… Me lo regaló hace poco mi novio. Es anillo de pedida.

—¿De pedida? Ah, ya… El que la pide, ¿no será aquel representante de televisión?

—Sí. Mi novio es Faust Genlis.

Faust Genlis rondaba en torno a Norma hacía meses. La esperaba cada tarde a la salida y si ella se retrasaba, hasta subía al despacho. Le hablé dos o tres veces, pero no parecía tenerme mucho aprecio. A lo mejor me suponía un rival.

—Bien, bien, su Faust ya vio recompensada su perseverancia. Espero que sea usted muy feliz, Norma. ¿Para cuándo la boda?

—No hemos fijado todavía la fecha. Faust acaba de comprar un local con vivienda. Para venta y reparación de TV, radios, tocadiscos…

—Magnífico… Les deseo éxito.

Repicaba el teléfono. Cogiéndolo oí decir a Firmin:

—Una señora desea hablarle, señor Lefranc. No ha querido dar su nombre.

—Bueno. Conéctame.

Le hice señal a Norma que podía irse y en el auricular oí la voz grave, honda, sensual, acariciante.

—Hola, querido.

La voz de Bárbara.

—Oiga usted, ¿por qué me telefoneó a casa?

—Pero, querido, no me dijiste que no podía hacerlo.

¿No debí…?

—¡No! Y no lo haga más.

—Debiste decirme que estabas casado. ¿Cómo iba yo a saberlo?

—No estoy casado todavía, pero es como si lo estuviera. Cuestión de un simple papeleo. Pero ella es como si fuera mi legítima esposa. Y escuche, Bárbara tengo que verla. Hemos de aclarar…

—Ya sé, querido. También quiero verte. ¿Esta tarde, puedes?

—¿A qué hora?

—A las tres.

—¿Dónde?

En el *bungalow*.

—¿Cuál *bungalow*?

—El nuestro, querido. Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué te pones así de cumplidero con tanto usted conmigo?

—Precisamente por esto quiero verla, Bárbara. He perdido la memoria.

—¿Eh, cómo?

—No me acuerdo de nada de lo ocurrido desde hace tres semanas. Recibí un mal golpe en el cráneo.

—Ya sé, querido. No puedo explicarte nada ahora. Pero no habrás olvidado nuestro precioso *bungalow*.

—¡Sí! Lo lamento. Dígame cómo puedo llegar allá.

—Está junto a la autopista de Chalons. Verás un indicador señalando al norte la dirección de Drancy. Sigues esta carretera hasta el primer camino a la izquierda…

Iba yo anotando rápido.

—Le llaman el Camino de los Enamorados. ¿No es encantador, querido? El *bungalow* está a doscientos metros sobre el lado izquierdo. Es el único *bungalow* a la vista. La placa es preciosa: «Monrepos».

—Bien. *Bungalow* Monrepos. No se olvida fácilmente.

—Tengo prisa por verte y estar de nuevo entre tus brazos. Espero que tu amnesia no te habrá hecho olvidar tu formidable fogosidad amorosa. Intentaré llegar antes, pero si llegas tú primero, ya encontrarás abierta la puerta como de costumbre. Espérame en el *living*.

Date prisa, mi vida.

—Me daré prisa, palabra.

Cuando encajé el aparato, me sudaban todos los poros. Félix asomó por la puerta entreabierta:

—Frombel acaba de llegar. Quisiera verte.

—Dile que venga.

Gaston Frombel es nuestro director de ventas. Un trabajador excelente, pero su *hobby* y pasión es la criminología, lo cual amenazaba con fastidiar mi futuro.

Rostro radiante, me preguntó noticias de mi salud y pareció dichoso al saberme bien. Luego adoptó un tono doctoral:

—Prince me dice que le golpearon dejándole por muerto en un solar de Denfert. Al parecer ha sido usted víctima de una banda de forajidos. Habrá avisado a la policía, naturalmente.

—No, no lo he hecho.

Me miró desaprobador.

—Es su deber.

—Prefiero esperar un poco a ver si me vuelve la memoria. Por ahora, no tengo nada en claro, para contarle a los señores de la policía.

—La pista estará ya borrada. ¿Dónde está exactamente este solar?

—Déjelo, Gaston. Vaya a vender sus cajas fuertes.

—Pero es que estoy seguro que podría ayudarle, señor Lefranc. Soy bastante técnico en criminología, como no ignora usted, y ya tengo algunas ideas sobre este asunto.

—Yo también. De hecho, ya tengo un contacto que podría muy bien ser la llave de todo el caso. Por consiguiente, Gaston, esté tranquilo y no se escarbe el seso.

Logré librarme de él. Quise sumergirme en la correspondencia atrasada, pero no podía. ¿Cómo era Bárbara? ¿Iba a reconocerla? ¿Verla haría renacer los recuerdos de aquellas tres semanas olvidadas?

Abandonó mi despacho. En la antesala general estaba Lina Lambert, la secretaria de Félix, y tuve que repetir mi historia. Lina es una hermosa canadiense de cabellos y ojos negros, con una boca provocadora.

Félix la escogió con esmero entre un grupo de candidatas. Pronto se puso a trabajar hasta horas avanzadas y la llevaba a

cenar.

Lo que pasaba después de cenar, es cosa de ellos. Félix es soltero sin compromiso y Lina espera el divorcio de su marido que está por el Canadá. Espero para tranquilidad del negocio que siga allá.

Ante la salida me tropecé con Faust Genlis, un tipo flaco, de tez bronceada y mejillas hundidas y mirada agresiva. Paseaba arriba y abajo aguardando a Norma. Al verme, se le arrugó la frente.

—Enhorabuena, Faust. Acaba Norma de darme la noticia. Es una muchacha estupenda en todos sentidos. Estoy seguro que ella le hará muy feliz.

—Gracias. Seremos completamente felices si nos dejan en paz.

Si era una indirecta, me daba igual. Mi conciencia tranquila nada me reprocha. Pero Faust Genlis me desagrada. Tiene algo de falso, de escurridizo.

Me despedí ondeando una mano. Fui a deglutir un par de emparedados y dos cafés como complemento.

El tráfico no era excesivo, y pronto salí del centro, embalado por la autopista de Chalona.

Bárbara había parecido muy interesada en atraerme al dichoso *bungalow*. ¿Iba yo hacia una trampa? Pronto divisé la pancarta señalándome la desviación hacia Drancy. Y encontré el Camino de los Enamorados.

Di media vuelta al «Simca» por si me era necesario partir rápidamente. Dejé sin cerrar la portezuela, pero me llevé la llave del contacto. Y coloqué el «Mauser» en el bolsillo de mi abrigo Loden. Si había cepo, que no cayese al menos como un palomino.

A mi derecha, avisté el *bungalow* «Monrepos». No tenía nada del nido de amoríos. Destartalado, le faltaban tejas, varios cristales rotos y el jardín era una selva. La verja chirrió lúgubremente cuando la abrí.

Subí los peldaños de la galería frontal como quien va al cadalso. Nada pasó. Apliqué el oído a la puerta y fui girando el pomo con precaución. No estaba cerrada Abrí de golpe, entrando en doble salto. Al frente y a un lado.

No había nadie. Mi corazón batía al pleno y me zumbaban los oídos.

Grité:

—¿Hay alguien?

Ni réplica ni movimientos. Había una puerta a la derecha, otra a la izquierda del *living*. Al fondo una escalera llevando al primer piso. La puerta de la izquierda daba a un dormitorio. Colchón al aire, y todo lleno de polvo. Si Bárbara había calibrado mi fogosidad formidable, no sería allí.

La otra sala era un despachito anticuado. Tras el arco de la escalera había una cocina. Todo vacío, hule rasgado y telas de araña. Abrí los grifos. Cortada el agua. La puerta posterior estaba cerrada desde dentro. Por los cristales intactos me aseguré que el jardín estaba desierto.

Los peldaños crujían mientras fui subiéndolos, con el «Mauser» empalmado. Dos cuartos vacíos. Un armario empotrado, sin nada, un minúsculo cuarto de baño, y más arañas. Todo olía a polvo, moho, cerrazón y abandono.

«Nuestro *bungalow*» había dicho Bárbara. Por cierto, ¿dónde estaba Bárbara? Eran ya las tres menos diez.

Volví a bajar al *living*. En una de las mesitas había revistas de fecha reciente, y en otra, un tocadiscos. En el platillo un disco: «La primera vez»…

Di vuelta al conmutador del radiador eléctrico, orienté el sillón de modo a ver la carretera por la ventana y me senté a esperar. Reinaba un silencio total. Faltaban dos minutos para las tres.

Los únicos ruidos eran el
tic-tac
de un reloj de pared de esos de péndulo, y los crujidos del *parquet* y los muebles carcomidos. Sentía frío. Me di cuenta que el radiador no funcionaba.

Debieron cortar también la electricidad. En los contadores de puerta.

Repentinamente una extraña idea perforó mi niebla mental.

¿Por qué Bárbara que no se había preocupado de conectar agua y electricidad, se tomó la molestia de darle cuerda al reloj de péndola?

Miré sobre la repisa de la chimenea. No había reloj. Por las paredes. No había reloj. Por las mesas.

Nada de péndulos. Me concentré para localizar el ruido.
Tic-tac,
tic-tac…

Me incorporé de un salto y salí embistiendo hacia fuera, tras abrir la puerta de un estirón bestial. Me precipité por el caminito del jardín delantero a una velocidad de olimpiada que aumentó al atravesar el dintel de la verja y penetrar en la recta del camino.

La onda expansiva de la explosión me lanzó a tierra, y el estampido me ensordeció. Trozos de tejas y piedras cayeron en torno.

Al ponerme en pie miré atrás. Del *bungalow* Monrepos solamente quedaban cascotes, restos, pilas humeantes de derrumbamiento…

Logré sentarme tras el volante, ya calmado, y poner en marcha. La delantera de mi abrigo estaba manchada de barro y había perdido el sombrero.

Si se quedó en la casa, ya no era indicio. No recordaba si lo tenía puesto al salir del *bungalow* o se perdió por el camino. No me importaba. Era viejo y sin iniciales en la badana.

Ya no podía quedarme la menor duda de que alguien estaba dispuesto a suprimirme, como fuese. Alguien que no se atrevía a atacarme de cara. Pero que sabía tramar soluciones como la de atraerme a un *bungalow* abandonado. Donde no me esperaba Bárbara, sino una bomba con espoleta de retardo.

Este alguien, ¿le trataba yo en mi vida normal o me conoció durante las tres semanas que pasé en las tinieblas?

Fuera quien fuese, suponía un constante peligro.

Y su cómplice, la tenebrosa Bárbara, todavía más.

CAPÍTULO V

Colgué mi nuevo sombrero y mi abrigo en el perchero. La voz de Solange llegaba a mis oídos. Estaba en nuestro *living*. Le hablaba a alguien con voz honda, vibrante.

Al abrir la puerta, le oí decir:

—Estoy en peligro. Un peligro atroz. Si no haces lo que ellos quieren, dicen que me matarán. No tienen misericordia alguna, amor mío. Desconocen la compasión.

Su voz se truncó:

—Tengo miedo, mucho miedo.

Algo estalló en mi cráneo y permanecí vacilante en el dintel. Todo cambiaba en torno mío. La escena se desintegraba, se oscurecía y transformaba. Ahora todo estaba en tinieblas.

En algún lugar a mis espaldas había el resplandor tembloqueante de una vela. Veía una ventana con barrotes y una voz murmuraba a mi oído:

—Su novia está al teléfono. Será mejor que escuche lo que ella quiere decirle.

El recuerdo de aquella voz susurrante me crispó. Era una voz que me producía algo rayano en pánico.

Y repentinamente la visión se esfumó. Me hallé en la sala, frente a Solange que me contemplaba con asombro. Estaba sola.

—No te oí entrar. ¿Qué te pasa, Sim? Tu aspecto es impresionante.

Preferí ir a sentarme en la esquina del diván.

—Estabas diciendo algo. ¿Quieres repetirlo, Sol? Palabra por palabra.

—¿Qué palabras?

—Las que decías cuando entré. A propósito de un peligro atroz

que estabas corriendo, a menos que yo hiciese lo que ellos me pedían.

—¿A menos que tú…, tú hicieses…? Yo estaba estudiando mi texto. Esta noche tengo ensayo, recuérdalo. Quiero saber mi papel perfectamente.

—¿Cuándo dijiste estas palabras delante de mí?

—Nunca.

—Sí, mujer. ¿Cuándo fue?

—Nunca pudiste oírmelas. Solamente las empecé a aprender después que te marchaste. Tienes cara de muerto. No debiste haber salido hoy.

—Escucha… Cuando entré ahora, he recordado algo que ha sucedido durante estas tres semanas. Estaba en una especie de sótano y por teléfono me decías estas frases, las mismas, y con la misma entonación que la que tenías hace un instante.

Solange me miraba fijamente. Parecía muy joven, casi niña, perdida. Sus ojos rebosaban espanto.

—Deberías acostarte, Sim. Voy a llamar a Michel.

—¡Al cuerno con Michel! No te esquives ahora… Es algo muy serio. Es una cuestión de vida o muerte para mí. ¿Quién te obligó a pronunciar estas palabras por teléfono?

—Nadie, te lo juro. Estás desvariando.

—No, no me estoy volviendo loco. Por ahora, no. Te afirmo que tuve un brusco recuerdo, un súbito retorno de la memoria. ¿Cómo podría reconocer estas frases si no las hubiese oído antes? Y las he reconocido.

—Es imposible. Deben ser alucinaciones.

—Ni soy Juana de Arco ni existen alucinaciones auditivas, creo yo.

—Voy… a llamar a Michel, ¿eh?

—¡No! No lo necesito. No puede ayudarme. Solamente yo mismo puedo ayudarme.

Mientras no hubiese ensamblado todas las piezas de mi existencia en aquellas tres semanas, no podía confiar en nadie. Ni siquiera en Solange. Sobre todo no en aquella nueva y extraña Solange que tan bruscamente entraba en mi pesadilla tenebrosa.

—Repíteme estas frases.

—Si crees que pueden ayudarte en algo…

Y encogiéndose de hombros, pronunció las frases del libreto, continuando con otras palabras. La interrumpí:

—No, del resto no me acuerdo. Solamente del principio. Las malditas cinco frases ésas. Puede que haya leído la obra.

—Este libreto no estaba aquí cuando te marchaste.

—Pero pude leer algún párrafo en algún sitio.

—Es un libreto nuevo, sin editar, escrito por un miembro del Grupo. La vamos a estrenar. Es un drama que tiene por título «Al fondo del pasadizo en tinieblas». Unos aficionados a *gangsters* tratan de obligar a un hombre a que trabaje para ellos, secuestrando a su novia.

—Pues ahí es donde estuve yo. Al fondo de un tenebroso pasadizo. Y es preciso que encuentre el camino de salida.

—Quizá pronto tengas otro retorno de memoria. Pero que será verdadero esta vez. Voy a preparar café. Y traerte también coñac.

Pareció muy aliviada al poder irse del *living*. Fui a mirarme a un espejo, y me di miedo yo mismo. Mi rostro estaba como la cera y sobre profundas ojeras, mis pupilas eran mortecinas, sin brillo.

No cabía duda. Estaba enfermo, mental y físicamente. Si no me volvía la memoria acabaría por enloquecer.

Alguien quería suprimirme. Alguien que temía que yo pudiera acordarme. Era pues, preciso que me acordase.

A veces leo cosas buenas. Poemas raros. Novelas estrambóticas. Me quedan fijos algunos párrafos que me impresionan.

… «Y el conjunto de nuestros ayer no hicieron sino iluminar para nosotros, pobres dementes, el camino hacia el polvo de la muerte».

¿Adónde iba a conducirme mi búsqueda del ayer? ¿Al polvo de la muerte en un solar de Denfert?

Tuve la corazonada de que debía tranquilizar a Solange. La encontré en el recibidor. Pasé tras ella, la cogí de los codos y le di un beso en la nuca.

—Lamento esta última escena, muchacha. Creí que me había vuelto la memoria y me puse nervioso.

La solté y ella, volviéndose, me besó la punta de la nariz.

—No te preocupes, Sim. Todo se arreglará, ya verás. Entonces, fue cuando sus ojos se fijaron en mi nuevo sombrero. Un tirolés impermeabilizado, color tabaco. Pasable.

—Me gusta el nuevo sombrero que te compraste. Tiene color de caramelo quemado. Pero ¿qué hiciste? ¿Cómo lograste ensuciar así tu abrigo?

Me había olvidado por completo del barro y mi caída.

—Tropecé al ir a comer, atravesando la calle, y me caí de barriga.

Ella palpaba la parte delantera del Loden.

—¿Caíste al ir a comer?

—Eso te dije.

—Pero tú sueles almorzar hacia la una, y tu abrigo no está todavía seco.

—Es porque está húmedo.

—¿Te das cuenta que obras de un modo raro? ¿Por qué no quieres contarme nada?

—No hay nada que pueda contarte.

—¡Muy bien! Si así es tu gusto.

Pasó a la cocina, muy dignamente. Con la misma arrogancia con la que fui yo a mi refugio tras entibiarme con café y coñac. Dormí.

Poco hablamos durante la cena. Y menos aún durante el trayecto, hasta que la dejé ante la sala de fiestas donde tenían lugar los ensayos.

—¿A qué hora te vengo a buscar?

—No te molestes. Puedo volver sola.

—Estaré aquí a las diez.

Arranqué, preocupado, tomando la dirección de Denfert.

No podía liberarme de la imagen de Solange. Siempre me gustó su franqueza, pero ahora no podía yo disipar mi seguridad de haberle oído antes pronunciar aquellas frases del drama.

Sus negativas tenían el acento de la sinceridad, y si me había mentido, lo hizo con gran arte. Pero era una gran actriz. Todos lo aseguraban.

Encontré el solar sin dificultad, y aparqué fácilmente muy cerca.

Era un cuadrilátero de unos veinte metros por quince, rodeado de almacenes y depósitos por tres lados y flanqueado en su cuarto lado por la larga calle mal iluminada. Dos faroles sobresalían de la tapia, vistas desde dentro.

Arrojaban una luz rojiza, siniestra. Había tres aberturas en la tapia, dando a la calle. Lo justo para permitir el paso de una

persona, o de dos en fila llevando a un tercero por brazos y piernas.

No me fue difícil encontrar la dirección de Riton.

Un apartamento miniatura. Riton estaba encorvado sobre sus deberes.

Su madre no opuso la menor objeción a que el chaval saliese conmigo. Riton estaba encantado de perder de vista las libretas del colegio.

En las arcadas del patio interior de aquella ciudadela, le expliqué a Riton:

—Intento saber cómo llegué al solar. ¿Les dijiste a tus amigos que me habías encontrado?

—Y tanto… Cuatro de mis compañeros le vieron. Sí, aquellos que vi escapar, porque tuvieron miedo al verle tendido, con dos individuos que se inclinaban sobre usted. Cuando los tipos vieron a mis compañeros corrieron hacia su coche y huyeron a toda marcha.

—¿Por qué no vinieron tus compañeros a ayudarme?

—Creían que usted ya era fiambre. Hace noches se encontró un cadáver en el mismo sitio. Comprenderá que los muchachos, ¿eh…?

—¿Han contado esto a la policía?

—Ni hablar. En nuestro barrio le hablamos a la policía cuando no nos queda otro remedio.

—Tus amigos, ¿podrían reconocer a los dos tipos?

—No. Con la niebla y la noche no vieron su cara. Pero había uno alto y el otro, pequeño y macizo. Tampoco pudieron ver la matrícula del coche. Pero creen que era un 404 negro. No saben más.

—Como sea me salvaron la piel. Toma esto… Sin rechistar, Riton. Lo repartes con ellos.

Riton, extasiado, miraba los veinte billetes de diez francos nuevos. Murmuró:

—Oiga, señor… Les doy a cada uno veinticinco y el resto para mi madre, ¿vale?

Le di una palmada en la coronilla.

—Vale, Riton. Tú serás un gran hombre. Algún día vendré a visitarte.

Salí de la casucha. Más o menos se perfilaba así la cosa. Dos tipos en un «404» negro, debieron llevar al detective Bresson al solar sin sentido. Para no manchar la tapicería del coche le

asestaron la puñalada en pleno aire libre del solar. Un cuchillo no hace raido.

Era el destino que me preparaban a mí cuando la repentina llegada de chavales jugando a indios y vaqueros seguramente, les obligó a huir.

Ahora estaban decididos a rematar la tarea interrumpida, antes que yo me acordase de aquello que no querían que me acordase.

Seguía pensando en ello cuando comencé a atravesar la calle para ir hacia mi «Simca».

Y un «404» negro surgió como un bólido.

Un momento antes la larga calle estaba desierta. Un instante después, con repentino ronquido, súbitamente encendidos los faros deslumbradores, motor a fondo, aquel coche muy corriente en plena ciudad y con tráfico normal, era exactamente un monstruo.

Que me embestía a una velocidad terrorífica.

CAPÍTULO VI

Me salvé por el salto fenomenal que pegué hacia atrás. Impulsado por los resortes del instinto de conservación, pánico y demás espuelas humanas que nos dan una gran agilidad en casos semejantes.

Caí en dos etapas. Primera chocando con la espalda contra la tapia. Segunda, quedándome sentado en la acera estrecha. Me cortó el resuello.

Noté el viento producido por el «404» en su rápida pasada y oí el fuerte chirrido de neumáticos. Regresaban.

Pero esta vez tenía tiempo. Habían efectuado la maniobra con destreza, en dos golpes de volante y dando una rápida media vuelta.

Enderezaba el del volante cuando disparé. Oí perfectamente el taponazo de la bala contra metal.

Por lo visto era una reacción que no esperaban. Volvían a dar media vuelta, pero esta vez en sentido contrario y, embalado, desapareció el «404» por la niebla en la lejanía.

El hecho de que mi disparo no hubiese atraído a nadie, demostraba que el lugar estaba bien elegido para liquidar a quien fuera.

Remontando aquella maldita calle, me era fácil llegar a la siguiente conclusión: me habían seguido.

Por segunda vez en veinticuatro horas fui a tonificarme al Café Mistigri. El primer coñac me sentó bastante bien. Cuando estaba saboreando el segundo, el cliente que estaba cerca en el mostrador entabló conversación conmigo.

—Usted no es del barrio.

—No.

—¿No habrá venido para admirar el paisaje? Hay pintores que

vienen. Pero este cruce de Montparnasse y Denfert ya no es como antes. Ya no pasa nada que valga la pena de contar.

—Pues yo no lo cuento por poco. Con la niebla, no hace mucho casi me atropella un «404».

En la curva del mostrador había un hombrecillo que terció. También tenía sus copas.

—Tanto como calmoso, calmoso… no lo es el barrio, y tanto como que no pasa nada, menos. La otra noche encontraron a uno apuñalado a dos pasos de aquí. Un detective privado llamado Bresson. Si hubiese dejado cumplir con su trabajo a la poli, estaría vivo. Se meten donde no les toca.

En la plaza, antes de subir al «Simca», compré la edición de noche.

En la página de sucesos estaba el *bungalow* Monrepos. El titular decía que era un *bungalow* solitario destruido por una explosión, que era incomprensible, ya que no había conducciones de gas.

El *bungalow* era propiedad del matrimonio Sacha Clamart, con domicilio habitual en 37 Avenida Colombes. Hacía ya dos años que lo tenían en venta. Un granjero había oído una recia explosión a las tres y diez. Después vio un coche verde abandonando el Camino de los Enamorados. La policía investigaba.

Hay miles de coches color esperanza.

Ante la sala de fiestas había una compañera de Solange esperando. Me dio el recado. Solange había vuelto a casa.

Cuando dejé el «Simca» en mi garaje, inspeccioné los contornos. Nada sospechoso. Tenía la seguridad de que nadie podría entrar sin desencadenar la alarma.

En la planta alta me esperaba Solange en el recibidor. Al cerrar la puerta, le volví, como es natural, la espalda. Chilló ella:

—¡Otra vez! Me pasé media hora quitándote el barro de la parte delantera de tu Oden y ahora has rellenado la espalda de suciedad.

—Denfert tiene bastante suciedad cerca de las Catacumbas.

—¿Y qué hacías tú por allí, aparte de beber? No me lo niegues. Lo olí apenas entraste.

—Regresé al escenario del crimen. Esperaba que contemplando el lugar me acudirían recuerdos. Nada.

—¿Y de la rabieta te revolcaste por el suelo?

—Casi me atropella un coche y me caí al esquivarlo.

—Ya van dos caídas hoy, Simón. Voy a limpiarte el abrigo.

Al sopesarlo, inquirió:

—¿Qué llevas en los bolsillos?

Deslizó la mano en el bolsillo y sacó el revólver. Me miró dilatados los ojos, aterrorizada, como si viese a un solapado asesino. Le hablé suavemente, para apaciguarla:

—Lo he traído debido a que anoche intentaron entrar aquí. Recuerda además que Bresson fue apuñalado.

Parecía como si el revólver fuese un hierro al rojo vivo dado el modo en que lo sujetaba con el extremo de los dedos. Cuando se lo cogí, retrocedió instintivamente, preguntando:

—¿Está cargado?

—Sí; pero tiene el seguro puesto. Es el revólver de la oficina.

—Nunca me dijiste que había un revólver en tu despacho, Simón. Son tantas las cosas que no me dices… Me ocultas muchas cosas.

—De momento, lo necesito para mi seguridad personal. Además, sufrí malos tratos, recuérdalo. Es así como he perdido la memoria.

Se distendió un poco.

—Es verdad, Sim. Perdóname.

—No hay de qué, muchacha. Trata de comprenderme. Estoy metido en un juego apurado, de gallinita ciega, y no quiero que me desplumen.

—Yo quisiera que fueses a la policía y lo explicases todo.

—No puedo, sin saber lo que le pasó realmente a Bresson.

Asentía. Ya no discutimos más. A la mañana siguiente desperté reposado y al pasar a desayunar, me sentí en la gloria. Solange estaba más arrebatadora que nunca. La niebla había desaparecido. No había ninguna factura en mi correo y el periódico estaba al lado de mi taza.

Casi era feliz por vivir en aquel alegre comedor-cocina, pero cuando hojeé el periódico, se me disipó la felicidad. Mi sombrero viejo estaba en lo alto de una página, con una pregunta debajo: «¿Conoce usted este sombrero?

Seguía una descripción completa: color, número de medida, nombre del fabricante. Había sido hallado en el camino cerca del *bungalow* estallado y la policía buscaba a su propietario.

Cualquiera que identificase aquel sombrero, debía

inmediatamente ponerse en contacto con el jefe de la gendarmería de Drancy.

Solange me acechaba. Me constaba que había visto la foto y leído el artículo. Procuré mantener una expresión impávida y volví la hoja. Pero ella abrió el fuego.

—¿Dónde pasaste el día de ayer, Simón?

—Casi todo en el despacho. Y fui a ver a un par de clientes.

—¿Por las cercanías de Drancy?

—¿Qué quieres decir?

—Es tu sombrero.

—Se le parece, pero hay muchos parecidos.

Frunció ella las cejas.

—También habrán muchos coches verdes.

—Las coincidencias abundan en esta tierra, Ángela mía.

—Hay demasiadas en este caso. Este sombrero es del mismo color y medida que el tuyo. Procede de la misma tienda.

—Hay centenares iguales. El jefe gendarme va a verse inundado a golpes de teléfono.

—Incluido el mío —afirmó ella, dulcemente.

—¡Muchacha! Tú no me harías eso, ¿verdad que no?

—Si por lo menos me contases de qué se trata…

—Bien quisiera saberlo… No he hecho nada delictivo, por lo menos que yo sepa.

—Voy a darte un poco más de cuerda, Simón, pero me inquietas mucho.

—Ya conoces el proverbio: no te inquietes por aquello que todavía no te ha pasado.

Me disponía a salir cuando ella se irguió ante mí, cerrándome el paso a la vez que decía:

—Aguarda un poco. Le pedí a Michel que viniese y está a punto de llegar.

Di un rodeo para zafarme, abrí la puerta y casi choqué con Michel, que reaccionó como un leopardo, agarrándome del brazo en zarpazo justo.

—¿Escapas, bandolero?

—Voy a mi trabajo.

—No será antes de que te haya auscultado a fondo.

—Estoy como un roble potente.

—Salvo tu memoria. Y no he venido para perder mi tiempo. Me llamó Solange. Tú temes simplemente que descubra lo que te causa miedo y esto es precisamente lo que voy a intentar hacer. ¿Juegas o te rajas?

—Acepto siempre los desafíos. Pasa adelante. Vayamos a mi leonera.

Cuando estuvimos a solas, me previno:

—Será duro para ti y para mí, pero hay que hacerlo. He pasado varias horas esta noche, empollándome la sicología del anormal, la amnesia traumática, la fuga mental, etcétera. Creo que ya sé exactamente cuál es tu problema.

—¡Maravilloso, señor doctor! Adelante.

—¿Ves? Intentas zafarte con una broma. Es característico de tu estado, porque oculto en tu subconsciente escondes algo, hasta a ti mismo, pero voy a pelar tu cerebro capa por capa. Cuando lo habré hecho, tendrás una posibilidad de comenzar a recordar.

Me interrogó primero sobre el atisbo de memoria que le dije tuve la noche anterior. Se lo expliqué todo: la sala que parecía una cueva, la ventana y sus barrotes, el hombre de la voz susurrante, la voz de Solange diciéndome en tono de angustia las frases que ayer repetía ante un espejo…

Cuando terminé, mi primo Michel parecía un canelo sobre el rastro de la liebre.

—Bien. La pista está abierta para la etapa siguiente.

Y de pronto, elevó la voz, retumbante:

—¿Qué ocultas? ¡Contesta rápido, sin tapujos! ¿De qué tienes miedo?

—Bresson. El detective que Solange contrató para buscarme, ha sido asesinado. Tengo miedo de habérmelo cargado.

—No. Es falso. Lo has dicho demasiado rápido. Tu subconsciente quisiera hacértelo creer, pero no es esto. Sabes perfectamente que no eres un asesino. Lo que temes está mucho más hondamente escondido. ¿Quieres que te lo diga yo mismo?

—Si puedes…

—¡Claro que puedo! Voy a descubrirte a ti mismo, primo Simón. Es el minuto de la verdad. Piensas que caíste en manos de unos *gangsters* y que les prestaste un gran servicio.

—No veo en qué pude ser útil a *gangsters*.

—Si que lo ves, pero no quieres confesártelo a ti.

—Sí que lo ves, pero no quieres confesártelo a ti mismo, y es tal vez la razón por la cual no puedes recordar nada. Piensas, temes y sospechas que… abriste una caja fuerte para ellos.

Señaló mis manos.

—Con estos dedos diabólicamente hábiles y expertos. Es esto, ¿no es verdad?

No podía negarlo. Afirmé en silencio.

—Bien, ya tienes tu temor secreto expuesto al día, al aire libre, a la luz. Ahora podrás comenzar a recordar mejor. Ya no hay barreras.

Me daba la impresión de haberme librado de un peso. Inconscientemente, había rehuido el pensamiento de que podía haber abierto una caja fuerte. Y tal idea yacía en el fondo de mi cerebro, paralizándolo.

Michel era una de las escasas personas que conocía mi aventura con el FLN en mis tiempos de quinto. Una misión especial.

Me lanzaren en paracaídas. Volvía a verlo como si fuese ahora. El descenso en la noche barrida por el viento. Las luces del pueblo sin nombre. El ascenso por una fachada hasta el balcón de la sede del FLN argelino.

El frío del acero bajo mis dedos. Acababa de apoderarme en la caja fuerte del sobre con lacres negros que había venido a buscar, cuando la puerta se abrió y dos argelinos aullando furiosos se lanzaron contra mí.

Pero en la zurda mi «Mauser» crepitó dos veces, tres…

Franqueé la barandilla del balcón, me descolgué y corrí por las sombras del jardín. Una bala me alcanzó en un hombro. Repliqué y oí el grito del herido que se desplomaba.

Revivía mi angustiosa evasión, mis carreras, mis altos jadeantes entre maleza, mis reptaciones por una comarca hostil, hasta el sitio de la cita con la jefatura, donde manos amistosas me curaron.

Y ahora mi primo el doctor Michel exponía:

—Robaste un documento en una caja fuerte y desde entonces tienes un temor secreto. El temor de dejarte caer en utilizar tu habilidad colocándote al otro lado de la barrera social: al lado del delito. Es por este motivo que te pusiste a fabricar cerrojos de seguridad. Quisieras haber inventado una caja fuerte que nadie, ni

siquiera tú mismo, pudiese abrir. Ahora crees haber abierto una caja para unos *gangsters* y quieres asegurarte que lo has hecho obligado, por la fuerza. De dónde esta ilusión de haber oído la voz de Solange por teléfono.

—¡Era su voz!

—Ella lo niega y pueden haber encontrado a alguna que imite su voz. ¿Por qué no intentas hablar con el autor de la obra?

—Es una buena idea. Me imaginé que solamente eras médico por chamba, Michel. Ahora ya sé que eres un buen médico, de verdad. ¿Cómo podré agradecértelo?

—No te preocupes. Espera cuando veas mi factura. ¿No te supondrás que toda esta sicología follonística me la va a pagar el Seguro Social, no?

Le acompañé hasta el rellano. Solange vino a nuestro lado. Michel le acarició fraternalmente la mejilla.

—Ella es jovencita, bonita y alegre, Simón, Me recuerda unas líneas de Verlaine: «Ella aparece sobre el rostro de la noche como una joya preciosa en la oreja de una mauritana».

Rió Solange:

—Las mauritanas son negras, pero bonitas, ¿no? Gracias, Michel.

—Tú eres la joya preciosa, no la negra.

Protesté indignado:

—¡Me sobran ya problemas para estar ahora con poemas, negras y joyas!

Michel me miró con fijeza.

—Tengo la impresión de que esas dos líneas poéticas, podrán recordarte algo.

—¿Qué me van a recordar?

—No te lo diré, porque puedo estar equivocado, pero quiero que pienses con ahínco y concentración en este poema. Puede actuar muy eficazmente para ayudar a tu memoria.

CAPÍTULO VII

Regresé al *living* y sentándome, cogí la mano de Solange.

—Voy a necesitar toda tu comprensión. Hace tres semanas creo que fui secuestrado por unos granujas que me encerraron hasta que acepté lo que ellos querían.

—¿Y qué querían?

—Algo que siempre he tenido miedo de hacer, si necesitase dinero o por un motivo similar. Querían que abriese una caja fuerte.

—¿Ilegalmente, para desvalijarla?

—Eso es.

—¿Por qué no la reventaron con explosivo o no la abrieron con soplete? ¿Para qué te iban a necesitar a ti?

—Era posiblemente una de nuestras cajas construidas para resistir explosivos y fuego. Además, conmigo se evitaban todo ruido delator.

—¿Y temes haberlo hecho? Ya… ¿Por qué no lo explicas a la policía, hombre?

—Es que no tengo la menor explicación lógica. Ni sé de qué se trata. No puedo demostrar mi inocencia.

Ningún jurado me creería. En toda Francia solamente hay cuatro individuos que podrían abrir una de mis cajas especiales, sirviéndose solamente de sus manos. Edmond Jacquot, que está en el presidio de Lyon por cinco años; Fred Chiron, que no hace mucho empezó siete años de reclusión, y Hubert Coquin, que está en prisión preventiva, en espera de su proceso. El único que queda libre de estos cuatro mencionados, soy yo.

—Pero…, ¿cómo pudieron estos supuestos *gangsters* informarse sobre esta habilidad tuya?

—Me conocen perfectamente en el hampa. Mi difunto padre era

ya un as en este gremio de revientacofres con talento. Durante mi ausencia, ¿hubo algún robo espectacular?

—Te consta que nunca leo estas hazañas.

—Bueno, ya lo encontraré repasando el archivo de la oficina. Conservamos los recortes de prensa concernientes a robos de cajas fuertes.

Cuando llegué a la oficina, un coro de joviales saludos replicó al mío. Félix leía la correspondencia en su despacho y me preguntó:

—¿Cómo va tu cabeza hoy?

—Casi normalmente.

—¿Ya te vuelve la memoria?

—Todavía no.

Se me antojó que Félix me miraba con demasiado recelo. Pasé a mi despacho y toqué el timbre.

—¿Quiere traerme los recortes de Prensa, Norma?

Se apresuró en hacerlo. La colección era imponente, pero yo no debía sino repasar las tres últimas semanas. Hallé un recorte dando cuenta del proceso de Hubert Coquin. Cinco años de condena. Los tres ases de la profesión estaban, pues, fuera de combate por una temporada.

No encontré nada que pudiera parecerse a lo que buscaba. Sólo se mencionaban desapariciones de cajas fuertes, explosiones o trabajos al soplete. No es mi estilo.

Del cajón donde lo había guardado la noche anterior, saqué el estuche que siempre llevo en un bolsillo especial, cuando he de reparar alguna caja fuerte. Las delicadas herramientas relucían en todo su esplendor. La más bella colección de abrecajas de toda la profesión. Estaba completa, intacta. Nada podía indicarme si la había usado o no, desde que abrí la caja del Banco del Oeste.

Si fui secuestrado por unos *gangsters*, no me habían robado siquiera, estas herramientas de precisión. Claro que tampoco podían serles útiles sin «el toque de los dedos» necesario para su empleo.

Me habían secuestrado a la salida del Banco. Sabían que tenía encima mis herramientas. ¿Cómo lo sabían? ¿Quién se lo dijo a ellos?

Esta súbita serie de interrogantes encadenados me disgustó mucho. ¿Era alguien de la oficina? ¿Quién? Pasé revista mental.

Félix, el excelente socio, héroe de guerra, aficionado a vino y

mujeres. Gaston Frombel, serio, trabajador, con esposa y tres hijas. Norma Orleac, de gentil rostro, voz dulce, discreta. Lina Lambert, fría, eficiente, misteriosa. Firmin, aspirante a poeta, gordinflón y ahorrador de sellos.

Prefería pensar que alguno de ellos dejó escapar alguna frase que orientó sin proponérselo. Pensando en ello, notó algo anormal en mi mesa.

Mi bloque de notas. La primera hoja estaba virgen. No debía estarlo. La víspera inscribí el nombre del *bungalow* Monrepos y las instrucciones para llegar allá. Estaba segurísimo de no haber arrancado la hojilla.

—Empecé a sudar. Alguien de mi oficina señalaba mis pasos a los que querían eliminarme. Tenía un traidor a pocos metros. Llamé a Norma preguntándole si no había hecho uso de una hoja de mi bloc.

—¡Oh, no, señor Lefranc! —murmuró ofendida.

—¿Está segura?

—Por completo. ¿Había usted escrito algo?

—Sí.

—Entonces, más segura que nunca. Jamás haría algo igual sin antes consultarle.

Se fue. Renuncié a más interrogatorios. Me sentía repentinamente como un preso constantemente espiado.

Miré por la ventana y di un respingo. Un «404» negro estaba arrimado al otro lado de la calle. Hay muchos «404» por París. Riton había mencionado dos hombres, uno grandullón, otro bajo de estatura.

Por el momento no había más que un tipo sentado en el coche, tras el volante, alzado el cuello de su abrigo y bajada el ala delantera del sombrero. Tenía la movilidad absoluta de un maniquí de cera.

Mientras me abismaba en la contemplación, apareció un hombrecillo saliendo de un zaguán. Echó una mirada furtiva hacia mi ventana. Llevaba también abrigo oscuro de cuello alzado y fieltro con ala baja. Entró en el «404» y se instaló junto al conductor. El coche se despegó de la acera y partió. Al girar la esquina pude tomar la matrícula. Gracias a mis prismáticos.

Un número de París. Bastaba telefonear a un periodista amigo

que puede resolver llamando a un compadre del Ministerio de Hacienda. Le transmití la matrícula. Me replicó que tardaría apenas media hora.

En la ansiosa espera, me dediqué al ejercicio recomendado por Michel. Primero escribí las dos líneas acerca de «que aparecía en el rostro de la noche, como una joya preciosa en la oreja de una negra preciosa». No, no era así. Borré preciosa y puse Mauritana. La releí varias veces, en voz alta, peto no me suscitó ningún «clic». ¿Por qué se imaginaba Michel que aquella bobada me refrescaría la memoria?

Empecé a dibujar un poco. Sonó el teléfono. El periodista.

—Tengo tu información. El nombre es Denis Montargis. Su dirección es la de una *boite* llamada Simio Verde; 13, calle Didot, Montparnasse.

En mi nerviosismo, tracé rayas y curvas, en los intervalos en que anoté mi nombre y dirección. Colgué.

Al releer nombre y dirección, vi también lo que había dibujado. La cara y busto de una joven negra, de sonrisa resplandeciente, boca caníbal. Con una mano se tapaba la oreja derecha.

Releí el verso arriba de la hoja. La relación entre el dibujo y estrofa era evidente, ¿pero qué diablos significaba?

Repetí en voz alta:

—En la oreja de una mauritana, en la oreja de una mauritana…

La asociación de ideas, entre una negra y la noche, oscureció mi mente y de las tinieblas surgió une imagen muy clara y concreta.

Una mansión con una torreta tipo castillo. Arboles pelados, en una noche barrida por el viento. Una verja que chirriaba y una voz que lanzaba una maldición. Alguien me agarraba del brazo izquierdo, empujándome hacia adelante, mientras yo me resistía.

Alguna cosa en aquella mansión sombría y tenebrosa me inspiraba un espanto enorme. Notaba una presencia a mi derecha. Una voz, la voz susurrante, me decía cerca del oído, con tono amenazador: «Avanza ya. No disponemos de toda la noche».

La súbita entrada de Firmin, el ordenanza, me hizo saltar en el sillón y todo se borró de mi mente. Ladré:

—¿Cuántas veces he de decirle que no entre sin llamar?

—Discúlpeme, señor. Lo había olvidado. Hay un señor que quiere verle. Vende máquinas copiadoras.

—¡No estoy! Para nadie. Ahueque, Firmin.

Intenté desesperadamente recuperar mi visión, pero sin éxito.

Necesitaba tomar el aire y se aproximaba la hora de comer. Pasé ante la puerta del inmueble de donde había salido el hombre pequeño y macizo. El número 90 era una casa de cuatro pisos. Despachos y estudios. En el zaguán había un cartel que anunciaba; «Sala para alquilar, como estudio o taller. Informes, Leduc. Ultimo piso».

En el último piso tenía su taller de pintor el joven Leduc. Un personaje agradable que había querido venderme algún cuadro y logró colocarme dos marinas.

—¿En qué puedo serte útil, amigo mío? —me preguntó amablemente.

—He visto que tiene una sala para alquilar y podría interesarle a un amigo mío escultor.

—¡Qué lástima! No hace ni media hora que la alquilé. Por cierto, ahora que me lo recuerda, tendré que bajar a quitar el cartel.

—Seguro que la alquiló a un pintor.

—No. Parece más bien un boxeador ya maduro. Quiere instalar una agencia de grabados fotográficos.

—¿Es un individuo de poca talla, con aspecto de duro, abrigo y fieltro negros?

—El mismo. ¿Cómo lo sabe?

—Por casualidad le vi salir y me pareció que le conocía. ¿No se llamaría por casualidad Montargis?

—Eso es. Denis Montargis. ¿Fácil de recordar, eh?

Al despedirme, Leduc me mostró la puerta al otro lado del rellano.

—Era aquélla. Lástima que por poco no haya podido alquilarla a su amigo el escultor.

El volvió a encerrarse en sus contemplaciones de ensayos pictóricos. Me quedé en el rellano y fui a la otra puerta. Estaba cerrada con llave. Pero la cerradura era sencilla y con un alfiler la hubiese podido abrir.

Denis Montargis, propietario de la *boite* Simio Verde y del «404» negro, ¿para qué quería un ático tan cerca de mis oficinas?

En aquel rellano no había más ocupantes que Leduc. Saqué de mi bolsillo-funda una lámina afilada en tres lados, de plástico

especial. La introduje en la puerta y jamba, a la altura de la cerradura.

En menos de diez segundos abrí, entrando rápido y cerrando con las espaldas. La estancia estaba vacía y polvorienta. Una de las paredes, toda de cristales en mareos metálicos, de báscula, formaba un amplio mirador dando a una selva de chimeneas.

Había un armario en un rincón. Eché un vistazo al interior. Estaba totalmente vacío.

Fui a almorzar, pero no al Roxana. Quería meditar a solas. No saqué nada en limpio. Regresé a mi despacho. Interrumpió mis meditaciones la entrada del director de ventas, Frombel. Venía sobreexcitado.

—Señor Lefranc, me he ocupado a fondo de su desaparición.

—¿Para qué?

—Porque supongo que usted deseará saber lo que pasó.

—Claro. No hay nada que más desee hoy por hoy.

—¿Todavía no recuerda nada?

—Ni pizca, Gaston.

—Pues, bien… He tenido una idea formidable. Pensé esta mañana en ella y seguiré la pista. No quiero decirle de qué se trata, hasta no tener la plena seguridad. Pero si es lo que creo, será el suceso del año.

—Le notifico que no tengo el menor deseo de ser el personaje principal del caso del año.

—Si descubro algo, como creo, vendré a comunicárselo. Prometo no hacer nada sin su consentimiento.

—Entonces, de acuerdo, Gaston. Tiene mi aprobación total.

Regresé a mi meditación sobre Denis Montargis. ¿Era el cerebro o simplemente una pieza del engranaje? Por una razón desconocida deseaban liquidarme antes de que recobrase la memoria. Sabían que la había perdido.

—¡Recontra! —imprequé entre dientes.

El *gang*, la panda, los que fueran, sabían que yo había perdido la memoria, puesto que la trampa del *bungalow* estaba basada en el hecho de que yo no recordaba nada.

¿Cómo pudieron saberlo tan pronto? La misma mañana siguiente a mi regreso, Solange y Michel estaban al corriente. Se lo dije también por teléfono a mi socio Félix quien debió repetirlo a todo el

mundo. Una vez, más llegaba a la triste conclusión de que alguien en la oficina era cómplice de mis enemigos.

Al llegar a casa me encontré con una Solange distinta. Lejana, reservada, cara larga, arisca. Por la mañana había estado dulce como la miel y ahora rehusó a mi abrazo cordial, y cuando le hablé me contestó coa un silencio obstinado.

Pasé al comedor y colocó un plato sopero lleno, delante mío, sin decir ni palabra. Pregunté irritado.

—¿Ese líquido qué diablos es?

—Tu caldo de gallina.

—¿Otra vez?

Me gusta el caldo de gallina, pero ya que buscaba camorra, cuanto antes mejor. El único modo de hacerle decir lo que se callaba, era sacándola de quicio.

—Estoy de gallina líquida hasta la coronilla. Por lo visto, estás empeñada en que me crezcan plumas.

Fríamente, inquirió ella:

—¿Qué te ocurre esta noche?

—¿Qué me ocurre a mí? Lo que quiero saber es lo que te ocurre a ti. Regreso del despacho, agobiado por una penosa jornada de incesante trabajo, anhelando encontrar en mi casa un poco de bienestar y placidez, ¿y qué encuentro? Un ambiente de nevera y una mujer con cara de mártir. Si tu alma eslava gusta del masoquismo, yo no soy esclavo.

—Tú lo que eres es un solemne embustero. Me mentiste con lo de tu sombrero viejo que dijiste haber dejado en la tienda. Estaba segura que la foto del periódico correspondía a tu sombrero. Telefoneé a la tienda y pedí me mandasen el sombrero viejo que habías dejado. Contestaron que al comprar el nuevo, tú no llevabas ningún sombrero. ¿Qué tienes que ver con la explosión de aquel *bungalow*?

—¡Bien, bien! No te lo expliqué para que no te asustaras. Alguien daba por supuesto de que yo estaría en el *bungalow* cuando estalló. Era la manera con la que me demostraba Bárbara su tenebroso amor. Voy a contártelo todo. Todo lo que sé, claro.

Solange posee una cualidad. Sabe escuchar y no rechistó hasta que hube acabado mi relato. Su reacción fue muy a lo rusa.

Se levantó, vino a arrodillarse a mi lado y colocó su cabeza

sobre mis mejillas. Cogió mi mano y la aplicó contra su mejilla. Una mejilla húmeda. Y su mano temblaba.

—Soy perversa, Sim, amor mío. Siempre sospecho lo peor de ti. Me imaginé que te habías ido con otra mujer y me torturaban los celos.

El amor verdadero es una delicia. Se discute mucho, y luego viene lo fenomenal, lo paradisíaco. Hacer las paces.

La senté sobre mis rodillas y estábamos dándonos el piquito entre arrullos, cuando resonó el timbre de su asiento:

—Echaré un vistazo por la mirilla. No abriré si no me gusta el que está a la vista.

—Voy yo.

—No, tú eres impulsivo, Sim.

Por la mirilla se veía mediante un juego de espejitos, al que esperaba ante la puerta de la planta baja. Oí cómo Solange pulsaba el abridor abajo. Y el de arriba.

Pronto oí una voz de hombre.

Solange regresó, algo pálida. Murmuró:

—Es un policía del Quai des Orfebres. La central, vamos… El inspector Doriani.

CAPÍTULO VIII

—No ha venido a detenerte. Dice que es la rutina habitual de la investigación, a propósito de tu reaparición que ayer les comuniqué.

—Si él lo dice… Bueno, hazle pasar.

Ya había pasado. O por lo menos ya estaba en el umbral del *living*. Nos observaba. Mejor dicho, nos barrenaba con una mirada negra, lustrosa, penetrante.

Alto, de rostro ascético y hombros anchos, quien no supiera que Lionel Doriani era un inspector famoso entre el hampa, lo hubiera confundido con uno de tantos corsos, jefes de banda.

—¿Es usted el señor Simón Lefranc?

—Sí, adelante, inspector.

Le tendí la diestra. La estrechó sin titubear. Buen síntoma. Tenía faz de ser muy bestia con los delincuentes.

—Íbamos a tomar un poco de coñac. ¿Puedo ofrecerle una copita?

—No, gracias. Me pasaron un expediente de investigación sobre la muerte de un llamado Alfred Bresson y he creído que tal vez podría usted ayudarme.

—¿De qué modo, inspector?

—Supongo habrá oído mencionar a Bresson.

—Leí que era un detective privado.

—Eso es, eso es. ¿Cuándo lo conoció?

—No le conocí. Mi novia lo contrató para que diera con mi paradero.

—¿Se perdió usted?

—Durante tres semanas. Sufrí amnesia.

—¿Quién lo encontró?

—Me encontré yo mismo.

—¿Y Bresson no había dado con usted?

—Ignoro todo lo referente a Bresson, pero de todos modos no conservo ningún recuerdo de estas tres semanas.

—¿Cuándo recordó cómo se llamaba?

—Anteayer.

—¿Dónde?

—Esta preguntita me la esperaba yo hacía rato. No podía mencionar el solar cercano a las catacumbas de Denfert. Al instante, lo relacionaría con Bresson.

—¿Dónde? —repitió Doriani secamente.

—En la imperial de un autobús.

—¿Hacia qué lugar se dirigía usted?

—No tengo ni idea.

—¿El autobús?, ¿de qué línea era?

—No miré el número. Bajé en marcha y volví a casa.

—Resultaría interesante, ¿no le parece?, procurar saber dónde fue usted y qué hizo durante esas tres semanas.

—No lo dudo y tengo la esperanza de que recupere pronto la memoria.

—Naturalmente, usted llamaría a un doctor.

Le di el nombre y la dirección de mi primo Michel. Lo anotó.

—El doctor habrá diagnosticado algo, supongo.

—Cree que mi memoria puede acudirme de pronto, en cualquier momento. Quiere que vaya a ver a un especialista.

—Eso es, eso es. Veamos si no me falla a mí la memoria, señor Lefranc. Según se desprende de la lectura de las indagatorias previas, parece ser que su novia le pidió a Bresson que le encontrase a usted. Salió en su búsqueda y, en estas gestiones, fue asesinado.

—Cierto, pero lamentándolo mucho, no puedo ayudarle. Mi cerebro está totalmente vacío. Pero no puedo imaginarme responsable de lo que sea que haya podido conducir al asesinato de un hombre.

—Eso es, eso es. Y por el momento, nos atendremos al intervalo de amnesia. ¿En qué dirección iba el autobús?

El corso era rápido y yo no estaba ya en guardia.

—¿Qué autobús?

—Aquél en que usted de pronto recobró parte de su memoria.

—Ah, sí, claro… Ya no lo recordaba. Se dirigía a La Villete. Bajé

cerca.

—¿Cerca de dónde?

—De aquí.

—Corríjame si me equivoco, pero la Villete está al extremo nordeste de París, y aquí nos encontramos en la punta sudoeste de Vanves.

—Bueno, era el autobús que hace el recorrido La Villete-Vanves. Lo cogí en sentido Vanves.

—Eso es, eso es. Bien, no les molesto más.

Le acompañé al recibidor. Su mirada de carburo se posó en mi sombrero.

—Un sombrero bonito, señor. Nuevo de trinca, ¿no?

—Sí, en efecto.

—Seguramente lo compró durante su ausencia.

—No, inspector. Lo compré para celebrar mi regreso a casa.

—Eso es, eso es —repitió por enésima vez—. Buenas noches. No me acompañe, gracias.

Le vi bajar las escaleras, atravesar el jardín y salir a la avenida. Había un coche esperándole. El clásico «404» negro, tracción delantera, tan querido por *gangsters* y policías.

En el *living* atacó Solange:

—¿Era preciso que le contases todas estas mentiras?

—No iba a decirle la verdad y convertirme en el sospechoso número uno del asesinato de Bresson.

—Mientes con un aplomo fantástico, Simón. Pero no te hagas ilusiones. Este inspector no parece idiota, ni mucho menos.

—No lo es.

—¿Crees que sospecha de ti por lo del *bungalow*?

—Lo ignoro. El asunto del *bungalow* pertenece a la gendarmería de Drancy, pero Doriani también lee la Prensa, y puede que se interese en todos los sombreros nuevos que vea. Tuvo una intuición a lo mejor y estudiaba mi reacción. Como le de por seguir la pista, voy aviado. De momento, voy a llamar a Michel. Seguro que el inspector va a visitarle y tengo que prevenirle que no mencione mi golpe en la cabeza ni el solar de Denfert.

Cuando terminé de telefonear a mi primo, Solange me tendió una copita de coñac amelocotonado. Mi favorito.

—Bien, cariño, ya que llevas el timón dime cómo puedo

ayudarte.

—No hablándome más del asunto aquel del abrazo inocente que le di a Norma Orleac.

—Te lo prometo. Y como recompensa llévame a bailar esta noche al Simio Verde.

—Era mi intención ir allá, pero solo. ¿Por qué quieres ir al tugurio de Montargis?

—Porque tú conocías la canción «La primera vez…» y el Simio Verde es el sitio donde pudiste oírla. Supongamos que te tuvieron secuestrado en un sótano bajo la pista de baile. Habrías oído esta melodía noche tras noche. Tal vez si vamos allá descubrirás indicios que despertarán tu memoria.

—No puedo llevarte. Debe ser un antro y habrá peligro.

—No irás a solas. ¿Dónde está el peligro en un local público? ¿Qué pueden hacemos entre mucha gente? Nada.

Parecía sensato. Habría demasiados testigos para que intentasen zumbarme. Me decidí:

—Vete a enfundarte en tu vestido más indecente. Vamos allá.

* * *

El Simio Verde se parecía a todas las *boîtes* de tercera categoría. Una pista chiquita, un enorme bar, luces agónicas, demasiadas mesitas y clientes habituales con cara aburrida. La decoración representaba a toda clase de monos trepando en árboles diminutos. Nos condujeron hasta una mesita en un rincón.

Un camarero nos tendió la carta y aguardó meciéndose como un junco azotado por un temporal. Estaba bebido. Pedimos un frasco de espumoso.

La orquesta era ruidosa, pero los músicos parecían como sonámbulos. A lo mejor estaban tan curdas como el camarero.

—¿Tienes la sensación de haber venido aquí antes de ahora, Sim?

—No. Este lugar me resulta tan desconocido como el Museo del Louvre.

Eché una mirada en torno y localicé al matón «echador» cerca de la puerta. Parecía surgir de una película de terror, al primer vistazo tenía tanta similitud con un orangután que pensé que el

nombre del cabaretucho fue creado pensando en aquel fenómeno.

Tenía mucho prognatismo en las mandíbulas, una boca de hucha y una frente que subía hacia atrás al encuentro de unos rizos crespos semejando caracolillos de alambre negro. Medía cerca del metro noventa. Sus larguísimos brazos y sus piernas arqueadas aumentaban su aspecto simiesco.

Al segundo vistazo se me antojó que parecía un maniquí de cera. He visto maniquíes en escaparates que demostraban mucha más vitalidad. Pero sus ojillos sí que se movían examinando todos los puntos de la sala.

Recordé la extraña inmovilidad del hombre al volante del «404» y tuve la certeza que era aquel pitecántropo. Ahora me miraba, pero en sus ojos no había expresión. Para el caso, yo hubiera podido ser un mueble.

El camarero vino a llenar nuestras copas. Le dije:

—Este local es magnífico. ¿A quién pertenece?

Me contempló también inexpresivo.

—Al dueño.

—¿Y quién es el dueño?

—El fulano a quien pertenece este magnífico local.

Solange se echó a reír y el camarero se fue muy dignamente.

—No le sacarás nada, Slim. Está borracho.

Minutos después, un individuo apareció por una puerta situada detrás de la orquesta. Era corto de talla y sólidamente estructurado. Algo en su modo de caminar me recordó al que vi salir del inmueble de Leduc.

—Con disimulo fíjate en aquel *dandy* bajito, Ángela, Es el que alquiló la sala cercana a mi oficina. Subió a un coche que pertenece a Denis Montargis, al igual que este antro le pertenece. El monstruo al lado de la puerta conducía el «404».

El camarero pasó cerca de nosotros. Con el pulgar mostró la tarima de los músicos.

—Aquél es el patrón.

—¿Se llama Simio? —pregunté inocentemente.

—Coloqué a la vez el importe de la consumación más una propina. Recogió el platillo y dijo:

—Tiene malas pulgas el patrón. Se llama Montar —gis, Denis.

—Peores pulgas debe tener el gorila junto a la puerta —sonreí.

—Butor, Axel, no es mala persona. Cuando duerme.

Eso dice su mamá.

Empezaba la revista. Un ventrílocuo, un par de bailarinas acrobáticas, una contorsionista erótica y una practicante de *strip-tease*, subalimentada. Se despojaba prendas con aspecto de gran fastidio al ritmo de tina samba.

—Qué asquito —afirmó Solange—. Peca de exceso de imaginación esta muchacha, si supone que su anatomía vale la pena exhibirla. Debería ocultarla la pobre.

—El hecho de que —tú estés mejor provista debería hacerte menos severa con las menos aventajadas por la naturaleza.

—He notado que la mirabas con benevolencia.

—Es mi índole afectuosa.

La orquesta atacó los compases de «La primera vez que nos vimos».

—¿No te recuerda nada?

—Hasta ahora solamente que es un rollo de tanto machacarlo.

—Es bailable. ¿Vamos?

Fuimos a movernos por la pista y al pasar cerca de las mesitas vecinas a la orquesta, me acometió una impresión extraña.

Tres muchachas estaban sentadas y eran evidentemente las «animadoras» del local. Una de ellas era una rubia voluptuosa, de vestido plateado sin hombreras Respingó al mirarme. Como si me reconociese de pronto.

Pero que yo supiese, nunca la había visto hasta entonces, aunque ella, sin la menor duda, me conocía.

Al cesar la música, acompañé a Solange hasta nuestra mesa.

—Despista, Ángela. Aquella rubia cerca de la orquesta me conoce. Yo a ella, no. Escucha… Vas a retocar tu maquillaje. Yo voy a invitarla a un bailoteo.

Dócilmente, recogió ella su bolso y se dirigió al tocador de damas.

La orquesta inició un ritmo suave y me fui recto hacia la rubia.

—¿Me concede el honor…? —inquirí, ceremonioso.

Ella titubeó un instante. Se levantó. Tenía un cuerpo de película y una cara de lo que era. La enlacé.

—¿Viene usted con frecuencia por aquí? —me preguntó ella.

Tenía los ojos color heliotropo, una nariz respingona, una boca

de ventosa adherente y la voz honda, fascinante, de Bárbara.

Capítulo IX

—Es la primera vez que vengo, que sepa yo… y que recuerde mi escasa memoria.

Ella me lanzó una mirada exploradora y pareció aliviada.

—¿Le gusta el sitio?

—Usted, sí. Tiene una voz quejumbrosa, una voz como la que debían tener las sirenas que atrajeron a Ulises hacia su pérdida. ¿Ha atraído usted a algún hombre hacia su pérdida, Bárbara?

Estremeciéndose a destiempo del ritmo musical, afirmó ella:

—No me llamo Bárbara. Mi nombre es Adriana, Adriana Prevost. Está usted hablando de algo que no entiendo. Sus sirenas, el llamado Ulises…

—El *bungalow* Monrepos.

Interrumpió ella un instante sus meneos a medio metro. Dijo:

—Oiga, trate de hablar normal o le dejo plantado.

—Ya quisiste dejarme sepultado, Bárbara. Si quieres puedo seguir charlando, pero será con un inspector llamado Doriani. Me dijiste que eras Adriana Prevost. ¿Le indico al inspector que venga a verte aquí o a tu domicilio privado?

Se adhirió de pronto contra mí, como si el ritmo afrocubano le inspirase contoneo selvático. Murmuró en mi oído:

—¿Qué… es lo que sabe exactamente?

—Todo. Eres cálida, muchacha, pero a la vez fresca. No te produce la menor impresión ser cómplice de un intento de homicidio muy bestia.

—Te juro que yo no sabía… Pensaba solamente que te querían encerrar de nuevo. No pensarás…, no pensarás hablar con… Doriani.

—¿Ves tú solución mejor?

—Haré lo que sea con tal de que deje a la policía fuera de este asunto que me preocupa ahora.

—Bastará que me contestes a varias preguntas, Barbara.

—Te lo diré todo, pero, por lo que más quieras, no me mires así. Mírame como si yo te gustase como mujer.

—No resultará difícil apenas me olvide de la bombita.

—Debemos parecer naturales. Tú un cliente, yo una entrenadora… O si no las pasaré negras. Axel nos mira.

—¿Quién es Axel?

—El matón que está junto a la puerta. Se encarga de todas las faenas sucias que le ordena Montargis.

Bailando, pasamos delante de Axel Butor y, sin mirarle, tuve el convencimiento de que sus ojos me tomaban la medida. Para el pijama de madera.

Montargis regresó al estrado como llamado por radar y atravesó la pista para ir hacia Axel. La orquesta no paraba de encadenar ritmos tropicales. Axel y Montargis susurraban mirándonos y empecé a sentirme incómodo.

Contribuía también un poco el experto dominio del rumbeo que se gastaba Bárbara-Adriana.

—Oye, guapaza, ¿dónde podemos hablar lejos de aquellos dos simios?

—Ven a mi piso mañana.

—No, no. Ha de ser ahora mismo. Esta noche.

—Imposible. Esta noche, imposible.

—Escucha… Luego no quiero yo desayunarme, leyendo la noticia de que te han abierto en canal o te colocaron un despertador con bomba.

—No hay cuidado, rico. Esta noche no podemos vernos, pero mañana a las diez en punto, te espero.

Pegando su mejilla a la mía, musitó:

—14, calle Kremlin, primero derecha.

Se rió echando hacia atrás la cabeza, como si acabase de oír el chiste del año. Agregó, siempre riendo profesionalmente:

—Seré muy buena, te lo prometo, pero no digas nada a nadie, y menos a la policía.

—¿Qué entiendes tú por ser muy buena?

Ahora rió sinceramente.

—¡Ya lo sabes, tonto! Tengo un pisito monísimo. Espejos, juegos de luces y toda la pesca.

—¡Recontra! Ya estoy todo fogoso. ¿No me dijiste que mi fogosidad era formidable?

Rió ella nerviosamente. Murmuró:

—A las diez en punto.

La acompañé hasta su mesa. Solange me aguardaba en la nuestra con cara algo avinagrada. Expuse:

—Es Bárbara… Por favor, nada de alusiones improcedentes. Mañana, a las diez en punto, me contará toda la verdad.

—¿Por qué no ahora?

—Quiere despistar ante Montargis y el orangután llamado Axel. Creo que debe tener acompañante nocturno la chica. No abusemos de la suerte. Nos vamos.

Nos fuimos sin obstáculo. No nos siguió nadie.

Dormí pesadamente, hasta que en cierto momento de la noche, me desperté sudando a mares. Confusamente evoqué la reciente pesadilla. Estaba de nuevo en un sótano con barrotes en la ventana. Delante Bárbara-Adriana y el orangután Axel.

A mi espalda el verraco de la voz susurrante. Nada más. Salvo que Bárbara-Adriana empuñaba un trozo de media de nylon relleno de arena y algodón.

Volví a dormirme. Me arrancó del sueño el despertador. Y a las diez menos diez aparqué a cierta distancia del número 14 de la calle Kremlin. Subí al primero y a la derecha un tarjetero indicaba que ahí vivía Adriana Prevost. El timbre sonaba, pero no abrían. Las mariposas nocturnas suelen tener un sueño profundo por la mañana.

Inserté la plaquita de plástico. Tuve que emplear también una ganzúa. Al entrar, saqué mi «Mauser» y avancé hacia una puerta que se abría a la derecha del *living*.

Las cortinas solamente estaban corridas en parte. Adriana Prevost, apodada Bárbara, me aguardaba. Pero muda para siempre.

Tendida de espaldas, con solamente una media de nylon en torno a su cuello. Su rostro y cuerpo llevaban huellas de golpes. Me acerqué a la cama. Puse la palma sobre su frente y sien. Puro hielo. Había muerto hacía horas.

Ni en la alcoba ni en el resto del piso había rastro alguno de

pelea. El que había matado a Adriana entró con ella o poseía llave.

Emprendí la retirada con toda clase de precauciones. Fui rectamente a mi despacho. Como si nada, revisé la correspondencia, facturas, recibos, y trabajé en un modelo que diseñaba. Comí sin salir de mi despacho.

A las dos entró Gaston Frombel muy excitado.

—¡He descubierto algo importante! Si usted fue secuestrado por una banda de *gangsters*, ¿se puso a pensar que alguien de la oficina debió orientarles?

—No soy del todo imbécil, Gaston. Pensé, pensé en ello.

—Usted ya sabe que el marido de Lina Lambert está en Canadá. Pero ¿sabe que está en la cárcel por robo frustrado de una caja fuerte?

—Eso sí que no lo sabía, Gaston.

—Está cumpliendo tres años en una penitenciaría de Ontario. Y algunos días antes de que usted desapareciese, Lina cenó en el Mathieu con un conocidísimo abrecofres: Hubert Coquin.

—Hubert está en presidio.

—Lo sé. Fue detenido dos días después de su cena con Lina.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Anoche seguí a la secretaria del señor Félix. Ella vive con sus primos en una casa de Gentilly. Estuve esperando para ver si ella volvía a salir. Pero el que salió fue su primo. Entró en un café cercano. Parecía muy enojado. Entabló charla sobre política, fútbol, caballos y le pregunté por qué parecía de mal humor.

Muy entusiasmado con sus dones de detective aficionado, Gaston imitó una voz algo aguardentosa:

—«Es por culpa de esta moza que vive con nosotros. La prima de mi esposa. No puedo soportarla. Su marido encarcelado podrá ser un jeque del hampa, pero no basta para que ella pretenda acoquinarme a mí. En mi casa mando yo, ¡faltaría más!».

Volviendo a su voz natural, repitió Gaston su parte del diálogo:

—«Tiene usted toda la razón, sí, señor. Además, la mujer de un hampón que es tan necio como para dejarse encarcelar, ¿eh?».

Imitaba nuevamente al primo de Lina, la secretaria de mi socio.

—«Exacto. Pero no le basta hacer desgraciado a su marido. Ahora se pone a frecuentar verdaderos criminales. La otra noche vino a buscarla para llevar a cenar fuera nada menos que Coquin.

¿No sabe quién es? Sí, hombre, sí, ése que salió en la Prensa. Porque dos días después de cenar con Lina, el tal Coquin fue detenido por un robo de caja fuerte…».

Contemplé maravillado a Gaston.

—Magnífico, viejo. Esto sí que le hace a uno reflexionar. Tendré una conversación privada con Lina. No le diga nada Gracias.

Gaston Frombel se marchó muy orgulloso. Estuve a punto de llamar a Lina, pero me pareció que el despacho no era el sitio más indicado para aquella clase de conferencia. Sobre todo, no quería alarmar a mi socio.

Fui a la ventana y me puse a mirar hacia el número 90. Ante la puerta no estaba el «404», pero la sala vacía del ático seguía obsesionándome. No la había alquilado Montargis por capricho.

Nuevamente entré en aquella sala del 90, sin ser visto. Todo seguía igual. Pese a ello, mi sensación de malestar no se disipaba.

Maquinalmente fui al armario y lo abrí. Ya no estaba vacío.

Reclinado en la esquina del fondo había una carabina del calibre 22. Poco ruido, gran efectividad. Con lente de aumento, telemétrica.

Permanecí como hipnotizado durante algunos segundos hasta que cogí el arma. Era una maravilla, muy ligera de peso y lo bastante pequeña para poderla disimular bajo el abrigo.

Abrí el cargador. Contenía dieciocho balas.

Toda un arma de precisión. La dejé donde estaba y me acerqué al gran ventanal. Un panel se abría hacia afuera dando acceso al tejado. Abrí y fui pisando tejas con cuidado. Mis suelas de crepé me ayudaron mucho en aquel ejercicio de alpinismo ciudadano.

Aquella predisposición a equilibrista de tejados debí heredarla de mi padre, que fue retirado de la circulación por su excesiva destreza en emplear tejados como vía de acceso a cajas fuertes. Cumplió unos años. Al salir, perdida la práctica, resbaló en un tejado, consiguió suspenderse de un canalón de lluvia y pilló una pulmonía mortal y definitiva.

En la confluencia de los dos aleros de tejado, me agarré a una chimenea y pude mirar al otro lado. Resto en trayectoria de visibilidad con la puerta de entrada de mi oficina en el inmueble de enfrente.

Me abracé con más fuerza a la chimenea.

Tengo la costumbre de abandonar mi despacho siempre a las

cinco y inedia en punto. Un hábito que sin duda alguna ya conocían Montargis y Axel.

Acababa de verme yo mismo, saliendo y haciéndome regar por un chorro de balas. A aquella distancia. Axel no podía fallarme.

Examiné el tejado. ¿Por dónde huiría Axel? Precisamente en plano inferior a la chimenea, del lado opuesto a mi calle, una escalera de incendios bajaba hacia un patio.

Un patio que daba a la calle Guynemer, paralela y posterior a la de mi oficina.

Estaba claro. Axel me cribaría a balazos, pasaría del tejado a la escalerilla de incendios y abajo le aguardaría el «404», en el cual se largaría con la satisfacción del deber cumplido.

Me dejé deslizar hacia el borde lateral del tejado, hasta el pequeño parapeto que flanqueaba la cañería abierta del desagüe y tras penetrar en la sala, cerré el panel de cristal.

Tuve que cepillarme a fondo a palmadas y regresé a mi despacho, instalándome mi sillón cerca de la ventana, y la espera más angustiosa de mi existencia comenzó. Por suerte, no tuve visitantes.

Iban encendiéndose las luces en los inmuebles de alrededor. Una leve bruma se arrastraba a ras del suelo. Pasé el tiempo de espera tratando de conjuntar los escasos recuerdos de mis veintiún días de ausencia. Un sótano, ventana con barrotes, hombre de voz susurrante como el «chuit-chuit» de un lechuzo. Los rostros de Bárbara-Adriana, Axel y Montargis. Y la voz de Solange, si era la suya, que lo era, diciéndome que estaba en peligro.

La mansión tipo castillete con su torreón, entre árboles altos. El cuplé infernal «La primera vez que nos vimos». Todo se mezclaba bajo mi cuero cabellado, sin resultado alguno positivo.

Repetí los versos citados por Michel y saqué el dibujo de la joven negra. Todo en vano. Renuncié. Era peor emperrarse y si mi memoria había de volver, lo haría en su momento adecuado. Bastaba ser paciente.

El «404» negro con la matrícula propiedad de Montargis llegó a las cinco y diez, se detuvo unos segundos para que se apease Axel Butor y desapareció de mi vista.

Axel atravesó la calle cuando pudo sortear el tráfico y se precipitó hacia el zaguán del número 90. Ya estaba yo en marcha.

Subí las escaleras del 90 de cuatro en cuatro. Tenía una cita urgente con un simio. En todo lo alto de un tejado.

La puerta de la sala-estudio no estaba cerrada con llave, el recinto se hallaba a oscuras, la carabina había salido del armario y había un panel de la cristalera abierto.

Axel Butor estaba a unos metros delante mío, recortándose su simiesca silueta contra el cielo tachonado de estrellas. Estaba muy absorto en trepar hacia la chimenea.

Pisaba con talento, por entre las tejas. Con la carabina bajo el sobaco izquierdo. Instantes después estaba a caballo de la arista redonda del remate del tejado, apoyándose contra la chimenea.

Una serie de escalones de hierro empotrados en el tejado llevaban desde el caballete al parapeto opuesto.

Axel Butor se extendió, apoyando sólidamente los pies en uno de los barrotes de hierro de la escalera. Su cabeza y hombros sobrepasaban ligeramente de las tejas del caballete.

Dirigía la carabina hacia la calle Danton. Nunca me hubiese yo atrevido a medir mis fuerzas normales con Axel en suelo firme. Pero allí me sentía en terreno favorable.

Llegué a lo alto de la cuesta de tejas, saqué el «Mauser» y me dirigí hacia la chimenea. Estaba a dos metros de Axel, cuando él se volvió, viéndome.

Permaneció tan inmóvil como la chimenea. Sus ojos se agrandaron, y una esquina de sus labios descubrió los dientes.

Con ágil torsión cambió de postura, dirigió la carabina hacia mi cara y presionó el gatillo.

Durante una horrible fracción de segundo, tuve un pánico feroz a la idea de que había quizá inspeccionado el cargador que yo vacié dos horas antes.

Pero el percutor chasqueó en hueco. Respiré a fondo.

—No está cargada, Axel, pero ésta sí.

Le enseñé mi pistola «Mauser». A prudente distancia.

No se movió ni habló. Permanecía pegado a las tejas, mirándome, apoyados los pies en el barrote de hierro. La luz era suficiente en aquel halo ascendiendo del lejano suelo, para que pudiésemos vemos muy bien.

—Ahora abre bien los párpados, chimpancé. Si no contestas correctamente mis preguntas, te hincaré el primer balazo en una de

las dos piernas. No sé cuál, pero te dolerá.

—Debí hundirte las costillas cuando te tenía a mano.

La voz de Axel Butor era un compendio de jungla de asfalto y selva nigeriana. Tenía algo de gruñido y mucho de fiereza contenida.

Empecé a notar que hacía mucho frío allí en lo alto.

—¿Por qué estrangulaste a Adriana?

—Estaba a punto de cantarlo todo a quien fuese.

—¿Liquidaste también a Bresson, no es así?

—Yo no toqué siquiera a Bresson.

—¿Quién fue, entonces?

—Ya que eres un tío listo, averígualo tú mismo.

—Ésta es mi intención. ¿Quién era el individuo de voz susurrante que me atosigaba siempre a espaldas mías?

—Definición exacta. Esto también tendrás que averiguarlo tú, tío listo.

—No me pongas nervioso, Axel, tío guarro. El gatillo es mucho más sensible que yo.

Seguía pareciendo un monstruo de cera para museo de horrores. Un rostro sin arrugas. Y sin embargo consiguió aparecer demoníacamente burlón al escupir desdeñoso:

—Si me zumbas un pepinillo, te quedarás en el limbo, sin saber lo que te pasó. Tranquilo, tío listo. Mírame, fíjate cómo yo estoy totalmente relajado.

En efecto, estaba muy relajado. Pero al momento siguiente, ya no lo estaba. Su brazo se distendió violentamente y entes de que hubiese podido adivinar su intención y hacer un gesto, la carabina volaba hacia mi cabeza.

Instintivamente alcé el codo.

La culata golpeó mi muñeca y mi revólver cayó. Un segundo después, las dos armas resbalaban sobre las tejas y topaban contra el parapeto cerca de la escalerilla de incendios. Allí se quedaron, fuera de alcance.

Oí el gruñido efe selva.

—Ahora vas a saber lo que es bueno, tío listo. Ahora vas a saberlo. Los de tu clase rezan cuando van a estirar la pata. Reza.

Se había colocado como un jinete sobre el remate central. Y nos contemplábamos a unos cuatro metros de distancia. Mi muñeca

derecha estaba algo entumecida por el choque. Mi corazón fallaba uno de cada dos latidos, mientras acechaba su próximo movimiento.

En los ojos le relucía el instinto sanguinario. Era evidente que a Axel le gustaba su trabajo de homicidio por encargo. Comenzó a avanzar a la jineta sin quitarme los ojos de encima.

Agarré una teja y estiré frenéticamente. En el mismo momento en que la teja cedía, los brazos de Axel avanzaban hacia mí. Con todas mis fuerzas le arrojé la teja a la cara. Si es que aquello era una cara humana.

La teja falló y fue a aplastarse contra la chimenea.

De todos modos, le mató.

Axel se había inclinado a un costado para esquivar. Pero se había ladeado un poco en exceso. Perdió el equilibrio, no pudo asirse y rodó tejado abajo, sin que sus manos hallasen nada para agarrarse.

Pensé que el parapeto lo retendría, pero Axel era muy pesado, y había adquirido ya demasiada velocidad en su rodada.

Durante un breve segundo permaneció sobre la espalda atravesado en la canalización del agua de lluvia.

Y su cuerpo hizo báscula.

Me quedé a solas en el tejado.

Su gruñido fue rugido hasta convertirse en nada. Hubo un silencio. Luego ascendieron de la calle Danton gritos de espanto, chirridos de frenos y neumáticos, rumores de carreras de peatones.

Me dejé resbalar por el alero opuesto hasta alcanzar la escalerilla de incendios. Recogí mi «Mauser» y pasé al primer tramo. Bajé en las tinieblas y tras una eternidad pisé el suelo del patio maloliente. Tropecé con un cubo de basura.

Tomé aliento y salí a la calle Guynemer. Allí esperaba a unos pasos el «404», volviéndome el tren posterior. Esperaba en el sitio más oscuro de la calle. Un coche negro en negras tinieblas.

Abrí la portezuela y entré.

Denis Montargis tras el volante, tenía ya el motor en marcha. La rojiza reverberación del cuadro de mandos daba a sus facciones rasgos de polichinela malvado.

Al entrar le había yo hincado la boca del «Mauser» entre las costillas. Lo hinqué algo más.

—En marcha.

Realmente, estaba sorprendido. Le colgaba la mandíbula inferior y sus ojos parecían querer imitar a su mandíbula.

—¿Quién…, quién es usted?

—Pregunta mejor por Axel.

—¿Dónde… está Axel?

—Se zambulló.

—¿Ha muerto?

—Una zambullida desde unos veinticinco metros al asfalto suele matar al más recio. Y no creo que Axel estuviera entrenado para este ejercicio final. ¡En marcha!

El «404» saltó hacia delante. Me esquiné, dirigiéndole siempre el ojo del revólver, aparte de los míos.

—Vamos a tu Simio Verde. Procura no hacer el tunante.

Me fijé entonces en los abalorios del panel y guantera. No me eran desconocidos.

No era la primera vez que yo viajaba en aquel maldito coche.

Se trataba de que no fuese la última.

CAPÍTULO X

Montargis conducía con cuidado, pero sus dedos se crispaban en torno al volante. Su rostro, habitualmente blancuzco, era ahora yesoso. Sus labios se removían silenciosamente. Pero no para rezar.

—Relájate un poco —le aconsejé—. O te puedes dar un patatús de esos que llaman infarto por insuficiencia coronaria y exceso de colesterol producido por el veneno que tienes dentro.

—Quisiera saber lo que le pasó a Axel.

—Desparramado por el centro de la calzada de la calle Danton. No tengas prisa. Leerás los detalles en el periódico.

—¿Por qué vamos a mi local?

—Quiero que me dejes visitar tus bodegas.

—¿Por qué?

—Para ver si las reconozco.

—Nunca estuviste en mi sótano.

Lo cierto es que ni él ni Axel eran el tipo de la voz susurrante.

—¿Sigues con la memoria en tinieblas?

—Por de pronto, recuerdo este cacharro. Ya subí en él. ¿Cuándo?

—Averígualo tú mismo.

—Ojo… Esta clase de respuesta le trajo desgracia a tu esbirro. ¿Quién mató a Bresson?

—Tú.

Sus ojos me miraban de soslayo, vigilando el efecto de su sílaba. Empalmé más recio el «Mauser». Mirando nuevamente la calle, añadió Denis:

—Es la pura verdad. Intentamos impedírtelo, pero ya le habías plantificado el pincho antes de que pudiéramos contenerte. No olvides este detalle si tienes intención de ir a platicar con la poli.

—Te lo inventas para que no vaya a visitarles.

—Tú apuñalaste a Bresson. Lo juraré ante quien sea.

Detuvo con cierta brusquedad. Habíamos llegado al Simio Verde.

Acodado al volante manifestó Denis Montargis:

—Mi negocio no abre hasta las ocho y media.

—Tendrás la llave, ¿no? ¡Venga, camina, gandul! Te sigo… con gran cuidado y con mi compadre baleador.

El estilo de matón del hampa no me agrada, pero con tanta TV y película, uno acaba por aprender.

La rabieta de Montargis se había calmado. Resultaba ahora mucho más peligroso. Apeándose, cerró las portezuelas con esmero, subió los tres peldaños dando acceso a la puerta de su local y se apartó para cederme el paso con cortesía.

—Después de usted, caballero. No me tomes por un cliente, Denis.

Entrando, encendió. Le seguí, cerrando la puerta con la espalda.

—Vayamos a discutir en tu despacho.

Abrió una puerta a la izquierda del corredor de acceso y penetramos en una salita que contenía una mesa dos sillones, un diván y una caja empotrada.

Sentóse tras la mesa y me instalé en un sillón, enfrente. Tendió la mano hacia un cajón. Chasqueé la lengua.

—Alto… Las manos a la vista, sobre la mesa.

—Buscaba tabaco.

—Te abstienes, en beneficio de tu salud. Tenemos que hablar un rato largo, Denis. Vas a decirme por qué me secuestraste. Si titubeas o mientes, no titubearé yo en disparar.

—Me estás resultando un verdadero matón. ¿Qué es lo que recuerdas, más o menos?

—Poco, pero lo he reconstruido todo y te expondré lo que creo. Me rectificarás si me equivoco.

—A ello, necesito reír un poco.

—Reirá mejor el que ría al final, so cínico. Bueno, al asunto. Hace veintitrés días fui privado de sentido entre el Banco del Oeste y el restaurante Roxana. Probablemente por ti y Axel. Me habéis encerrado aquí, en un sótano con rejas.

—¿Qué es lo que te hace suponer tal cosa?

—Una canción. Me barrena el seso. «La primera vez que nos vimos». No la conocía hace tres semanas. Me habéis retenido aquí y mientras mi novia contrató a un privado para que me hallase. Un tal Bresson. No sé cómo me halló, pero dio conmigo. Intentaba seguramente acudir en mi auxilio cuando vosotros le habéis sorprendido, decidiendo que sabía demasiado para continuar viviendo. ¿Eh, qué tal?

—Tú lo dices todo. Sigue. Soy todo oídos.

—Bresson fue llevado a un solar de Denfert, sin sentido, y apuñalado allí. Días después me tocaba el turno a mí. Por suerte, antes de que pudierais rematarme aparecieron críos chillones y os visteis obligados a salir de estampida.

Ahora me escuchaba con más respeto.

—Estabais sobre ascuas, porque temíais que fuera a contar mis aventuras a la policía. Hiciste telefonear a mi casa a Adriana Prevost para aseguraros que había regresado. Se hizo ella pasar por una tal Bárbara para dar a suponer que yo estuve de aventura amorosa. Seguramente esta idea se te ocurrid a ti, verraco.

Montargis relinchó en risita burlona.

—Aquella misma noche, tú y Axel tratasteis de penetrar en mi casa para acabar conmigo, pero la alarma os lo impidió. Entonces habéis inventado otra cosa. ¿Fuiste tú el que puso la bomba?

—Axel.

—Anoche, Adriana prometió contarme todo el caso hoy. Ya sabes lo que me encontré en su pisito.

—Fue también Axel.

—Enviado por ti. Y seguramente era a ti a quien ella esperaba, como las demás noches, y por eso me citó por la mañana.

—Ella hubiese hablado contigo, con otro, con cualquiera. Estaba ya desbordada de pánico.

—Admites, entonces, que todo lo qué sé no es imaginación.

—Sí, pero no estuviste encerrado aquí y fuiste tú el que liquidó a Bresson.

—Es falso. Yo no soy capaz de matar a un hombre.

—¿Acaso Axel se suicidó?

—Legítima defensa.

—Entonces, no emplearás ahora ese revólver.

—No, a menos que hagas alguna imbecilidad. Sería legítima

defensa por mi parte. ¿Quieres probar?

—Lo quisiera, ya. Pero no me atrevo.

—Eso demuestra que tienes cierta inteligencia. Sigue demostrándola contestándome varias preguntas. ¿Quién os dijo dónde estaba yo el día que me perdí de vista? ¿Cómo supisteis tan pronto que había perdido la memoria? ¿Quién es el condenado tipo de la voz susurrante? ¿Y qué me obligasteis a hacer mientras estuve entre vosotros?

—Oye, tú lo quieres saber todo, chico.

—Y tanto. Y vale más que contestes en forma, si quieres estar todavía aquí a la hora de la apertura del local en vez de estar haciendo cola en la puerta del infierno con tu amigo Axel.

Vi un destello en sus ojos. Al mismo tiempo oí un susurro familiar:

—Los que preguntan demasiado, acaban mal.

Era a mis espaldas. Pero había ya tinieblas en torno.

El mundo había estallado con un estrépito atronador.

La vida recomenzó en la sombra y el sufrimiento. Tardé un siglo en comprender que estaba tendido en el suelo.

Sentándome me cogí la cabeza entre las manos. Poco a poco recordé mi entrevista con Montargis. La voz susurrante a mi espalda y el golpe. Miré en torno. Había un ventanuco con barrotes.

Conseguí levantarme apoyándome en la pared. Hasta encontrar un conmutador. Fui distinguiendo los casilleros con botellas alineadas. Era una bodega para botillería.

Encontré un sacacorchos y elegí un frasco de coñac, cuyos primeros sorbos me despejaron totalmente. Aquél no era el lugar donde me habían encerrado por vez primera. La ventana estaba situada de otro modo.

Fui a la puerta. Era de encina chapada en hierro y, naturalmente, estaba cerrada. Me registré. Mi revólver y estuche de herramientas habían desaparecido.

Habían dejado la llave por fuera. Costumbre muy generalizada y poco recomendable. Abrir una puerta cuya llave quedó fuera, es fácil y lo haría hasta un párvulo.

Basta que haya suficiente espacio bajo la puerta. Siempre existe una rendija para que pueda girar el batiente. Una rendija más o menos grande, pero sobradamente holgada para deslizar por ella

una hoja de cualquier papel.

Dejando una parte por dentro. Luego, es preciso algo para hacer caer la llave. Lo mejor es un alambre de punta retorcida en rizo.

No había alambres. Rompí sobre papeles viejos para ahogar el ruido varios frascos, hasta conseguir el pedazo de cristal deseado.

Largo, delgado y resistente. Introducido en el paño, fue actuando. Al tercer intento, la llave cayó. Bastaba tirar de la hoja de periódico.

Abrí la puerta, subí unos peldaños y me encontré en el lavadero posterior a la cocina del Simio Verde. Me lavé las manos y la cara y con gran cautela me aproximé al despacho de Montargis.

Estaba desocupado. Miré la hora. Seis y media. No había estado mucho tiempo fuera de noción. Montargis y su cómplice susurrante iban a regresar, tomada una decisión, para trasladarme.

Me acordé del intento de Montargis de abrir un cajón. Ya que se había quedado con mi revólver, haríamos trueque. Abrí el cajón y descubrí, además de la automática de mi anfitrión, mi «Mauser» y mi estuche de herramientas.

Guardé primero mi precioso estuche. Embolsillé mi «Mauser». Y con la automática «Beretta» oscilando en la diestra, pensé que podía ir al copo.

Bastaba esperar. Pero…, ¿y si venían varios? Además, y no para justificarme a mí mismo, sobre si tenía miedo o no, calculé que liarme a tiros no resolvía nada. Yo necesitaba saber, saber…

Empleé la ventana del lavadero para salir a un patio que daba a un pasaje.

Solange lindaba con el pánico histérico cuando entré. Me atendió como una enfermera. Iba cogiendo práctica. El bulto tras mi oreja en su opinión era menos feo que el primero.

Yo fui explicándole los incidentes. Tuve que repetir varios momentos de charla o acción, porque tanto ella como a mí nos convenía ver claramente las posibles relaciones entre unos y otros hechos.

Lo primero que ella comentó demostraba su clásica femineidad.

Lina Lambert no me pareció nunca trigo limpio. Siempre pensé que ocultaba algo. Llámalo intuición femenina, si quieres. Tampoco me inspira la menor confianza Norma Orleac.

—Celos. Porque es una secretaria eficiente, te lo garantizo.

Incapaz de maldades. Es ingenua, sana, honesta…

—¡Ésas, ésas son las peligrosas!

—Entonces, también lo eres tú, si vale tu comparación de las cualidades.

Muy altivamente, decretó ella:

—Lo mío es muy distinto. Te amo y nos vamos a casar. No, no me he dejado extraviar por celos. He reflexionado con imparcialidad. Pensé en tu temor de haber abierto una caja fuerte, en la falta de un reportaje de esta clase de tu colección de recortes de Prensa. Si tus enemigos tienen un cómplice en tu oficina, pudo probablemente quitar los recortes que relatan el robo y que hubiesen podido refrescar tu memoria.

Miré pasmado a mi mujer. Para mí, lo es ante Dios y ante el orbe, desde el mismo día en que decidimos unir nuestras orfandades. ¿Qué importaba un papel que se demoraba por culpa de funcionarios tortuga?

—Oye, diste en la diana, chica, No se me ocurrió pensar en ello.

—Porque piensas en demasiadas cosas a la vez —concedió ella, generosa—. Es preciso consultar una colección de periódicos desde el primero de noviembre.

—Voy a una hemeroteca.

Denegó ella con el índice.

—Sigues un poco abombado por tantos golpes en la cabeza, cariño. ¿No recuerdas ya a Roland, del *Echo*?

—¡Eres maravillosa! Estás en todo.

Cogí el teléfono. Reynold, Roland, es un británico por sangre, pero nació en París, y no hay quien le haga abandonar Francia. Somos amigos desde el día en que pude facilitarle datos para un reportaje sensacional, sobre las costumbres, trucos, complejos, manías… del gremio de los abrecofres.

Roland declaró que le alegraba mucho verme y que se disponía ya a colocarme los ejemplares del *Echo* sobre la mesa para que los consultase a mi llegada.

—Voy contigo —decidió Solange—. Estoy ya harta de esperar inquieta, sin saber si volverás cuando corresponde o no te veré más.

Era delicioso conducir de noche, con ella a mi lado.

Roland nos recibió en su amplio despacho de redactor-je£e. Señaló los periódicos amontonados sobre un lado de su larga mesa.

—Vamos al grano, Simón. ¿Qué rúbrica te interesa?

—¿Cómo, que qué rúbrica?

—Sección, vamos… ¿Política, deportes, crítica…?

—Robos de cajas fuertes.

—Entonces, tendrás donde escoger. En esta «paperaza» tenemos un robo verdaderamente genial.

Traté de afirmarme la voz.

—¿Cuál?

—La Oreja Africana.

CAPÍTULO XI

Roland añadía extrañado:

—No me digas que no has oído hablar del robo del diamante de la Oreja Africana.

Me senté.

—He estado ausente.

—La joya es un ejemplar de los que se llama clásicos. El Azul, el de la Begúm, el Ojo de Camaleón… Y este llamado Oreja de la Africana, es un diamante tasado en más de tres cuartos de millón de dólares.

—¿Por qué en dólares?

—Por tasación tipo universal en joyería, y sobre todo para evitar los cálculos de conversión en moneda nacional, dadas las fluctuaciones.

—Rediez… Setecientos cincuenta mil dólares ya es moneda-balé.

—Un artista abrió la caja fuerte, limpiamente, y desapareció con el diamante de marras.

—¿Dónde… fue el robo?

—En una de las pocas residencias principescas que existen todavía en el mismo París. En una de las avenidas de Longchamps.

Fue barajando hojas, hasta alisar la primera plana de un ejemplar. Me mostró una foto.

—Ésta es la mansión del conde Marc de Choderlos.

Un gran edificio cuadrado, aislado, con un torreón, sobresaliendo el palacete de entre la arboleda.

Exactamente la clase de casa que yo vi en mi pesadilla.

Empecé a leer el artículo con enorme interés. El conde Choderlos había acumulado más talegas a sus blasones, empleando su fortuna en negocios navieros.

Por añadidura se había casado con una norteamericana mucho más joven que él, y aportando encima un fortunón en acciones petroleras tejanas.

Lógicamente vivían por todo lo grande, pero lo que más orgullo les producía era un diamante de cien quilates que un rey de Mauritania había ofrecido al abuelo del conde Marc en recompensa por haber sido su consejero durante un safari heroico, evitando muertes en el poblado africano.

Aquel diamante estaba incrustado como una joya en la oreja derecha de una estatuilla, también de gran valor, representando el busto de una joven mauritana.

El diamante solo, a precio de inicio de subasta, valía lo dicho por Roland. Por consiguiente era fácil deducir que si quisiera vender, el conde Marc obtendría fácilmente el doble.

En la historia del diamante, el articulista hacía constar que por los años de la anteguerra del 14, un periodista al mencionarlo, había hecho el parangón con el verso de Verlaine:

«Como una joya preciosa en la oreja de una esclava».

El periodista transformó la esclava negra en mauritana para adaptarla a la historia del conde abuelo del actual. Y desde entonces la joya quedó conocida bajo este apelativo: Oreja de Mauritana.

Comprendía yo ahora como mi primo Michel, poco dado a leer a poetas hacía citas de altura.

Seguí leyendo el artículo.

La estatuilla estaba encerrada en un cofre mural del gabinete de trabajo del conde Marc en el primer piso de su mansión. La puerta de aquel despacho estaba cerrada con llave siempre. Solamente el conde y su mayordomo poseían la llave.

Por la noche soltaban un perrazo lobo en el parque.

En la mañana del 18 de noviembre, el conde Marc tuvo la sorpresa de hallar abierta la puerta de su despacho particular y lo que era peer, abierta la puerta del cofre, empotrado. El busto de la joven negra seguía allí dentro, pero el diamante había desaparecido al igual que una cantidad de billetes, muchos de ellos en fajitos de a diez francos, totalmente nuevos.

No había huellas. El perro lobo había sido envenenado.

Solange leía por encima de mi hombro. La mano que apoyaba en mi brazo temblaba. Había dos fotos del busto: una con diamante,

otra sin. Se parecía curiosamente al croquis que yo había esbozado. Dije:

—Bien, bien. Eso sí que es un robo.

Roland me observaba con gran atención. Dijo risueño:

—Sí. Es la clase de trabajo artístico que usted podría hacer si hubiese decidido abrir cajas en vez de hacerlas inviolables. Es muy especial la caja del conde Choderlos, ¿no?

—En efecto… La marca que aquí describen y la sigla numerada, corresponde a un modelo formidable. Tiene una combinación sin llave, y contiene un mecanismo que encasquilla los pernos y hace todavía más blindada la caja, si se emplea un explosivo o soplete.

—No podían usar explosivo ni el ruidoso soplete, en una casa habitada, y cómo se trataba de un cofre mural, no podían llevárselo. Este trabajo es de un especialista. De clase.

—Sí. Y tuvo que trabajar horas.

Me costaba mucho hablar con indiferencia y mantener un rostro impasible.

—Dispuso de toda la noche —comentó Roland—. ¿Sabe usted algo de este caso?

—Tal vez, pero por el momento son solamente suposiciones. Apenas tenga la certeza, le prometo la exclusividad del caso.

En el coche, murmuré:

—No falla. Ya estoy seguro de que soy yo el autor de este robo.

—¿Por qué, Sim?

—Conozco el diseño del paño, sus conexiones, y podría abrirlo. Si no fuese yo, por qué quitaron los recortes de mi archivo, ¿precisamente los que citan este robo?

—Michel debía sospecharlo al citar el verso de Verlaine.

—Es muy de su estilo. Estaba seguro que me habían secuestrado para abrir este cofre. Había leído el robo, y quiso que yo me acordase por mi cuenta, a solas. Sigo sin recordar.

—Pero reconociste la casa.

—Y también recordé la estatua, ya que la dibujé.

Cuando llegamos a casa, había un coche parado ante la verja. Un «404» negro. Pero al vernos llegar, los que bajaron fueron el inspector Doriani y otro individuo.

Me dirigía yo a abrir la verja de paso a mi garaje, cuando el que acompañaba a Doriani y que llevaba un paquete bajo el brazo, pasó

a mi espalda, como si quisiera cortarme la retirada.

Lionel Doriani, más severo que nunca a la luz de la farola, saludó:

—Buenas noches. Pese a la hora, deseo charlar con usted, Lefranc.

Vaya… Yo ya no era el «señor» Lefranc.

—Apenas deje encerrado el coche, soy todo suyo.

Solange subió las escaleras con Doriani, y yo encerré el coche, acompañado por el sujeto desconocido que tenía cara de perro dogo y mudo.

En el *living* esperaban en silencio Solange y el corso que, señalándome a mi acompañante indicó:

—Le presento a mi colega el inspector Dupont, del distrito Este.

Dupont me dedicó una repentina sonrisa. Breve. Come la mueca del dogo antes de morder.

Galantemente añadió Doriani:

—La señorita no es forzoso que esté presente.

—Puede hablar ante ella, No tenemos secretos el uno para el otro.

—Eso es, eso es. Como quiera, Lefranc. Deseo saber algo más sobre su pérdida de memoria.

—Yo también, pero el cortocircuito persiste, inspector.

—El inspector Dupont ha sabido cosas interesantes acerca de usted, Lefranc. Tu turno, Jean.

Jean Dupont tenía una voz amable, casi impropia de su rostro.

—Primero me informé en el ministerio de la guerra. Le confieso, señor Lefranc, que admiro su brillante y temeraria hazaña al desvalijar aquella caja fuerte del centro del FLN durante la contienda argelina. Y conseguir escapar, pese a su herida, con documentos de gran importancia para la nación francesa.

Respingó Solange:

—¡Nunca me hablaste de esto, Simón! Decías que la guerra argelina te la pasaste enchufado.

—Y es verdad, salvo este episodio.

—Me dijiste que tu cicatriz en el hombro procedía de un accidente al caerte de un patinete cuando niño.

—Yo era un niño, de todos modos, cuando el follón argelino, mujer, y además…

—¡Por favor! —atajó Doriani—. Es evidente que es usted muy discreto, Lefranc. Pocos hombres resistirían contra una hazaña semejante a una bonita joven. Prosigue, Jean.

—He sabido también que es usted muy hábil con toda clase de cerraduras, que fabrica cerrojos especiales y que está asociado a una empresa que se ocupa de esta especialidad. Su profesión es muy útil. En nuestro oficio de policías, nos ayuda mucho un técnico como usted. Debe estar orgulloso.

—Mucho. He montado un pequeño negocio, honrado y que beneficiándome, beneficia a la comunidad.

—En efecto. Por esta misma razón, el inspector Doriani y yo no podemos comprender ciertas cosas. Me referiré primero a la explosión de un «*bungalow*» por las cercanías de Drancy.

Desenvolvió Jean Dupont el paquete. Sacó el sombrero impermeable que llevaba yo y que perdí en mi fuga del *bungalow*.

—¿Le molestaría probárselo, Lefranc? Tiene que sentarle bien. Supe por el inspector Doriani que había comprado usted uno nuevo de la misma talla.

—Comprado una hora después de la explosión —puntualizó Doriani.

Me encasqueté el sombrero y admití:

—Me encaja bien. Hay muchos iguales por París y contornos. Es un número normal y corriente.

—Eso es, eso es.

Ahora era el corso el que atacaba, y no sabía yo a cual temer más.

—Existen test científicos que podrían denunciar al legítimo propietario de este sombrero, Lefranc. ¿Quiere darnos tanto trabajo?

—No. Este sombrero es mío.

De todos modos lo iban a saber.

—Gracias por su franqueza, digna de su apellido —ironizó Doriani, antes de agregar—: Pasemos a otra casa. Esta mañana fue hallado el cadáver de una muchacha llamada Adriana Prevost. Estrangulada. Un vecino notó la presencia de un coche verde por las cercanías, poco después de las diez.

—Hay un montón de coches verdes.

—Eso es, eso es. Pero seamos serios, por favor. Un sombrero que

reconoce como suyo, fue hallado cerca del *bungalow* después de la explosión. Un coche verde como el suyo, fue visto alejarse. El mismo coche fue señalado ante o cerca del domicilio de Adriana Prevost, que conocía perfectamente la existencia del *bungalow* Monrepos.

—Nunca he oído hablar de Adriana Prevost —afirmé rotundamente.

El inspector Jean se inclinó un poco, sonriente.

—Anoche bailó con ella, en el Simio Verde, donde era «descorchadora». Ella le dijo su nombre de usted a dos de sus colegas después que la sacó a bailar.

Me tenía acorralado y lo sabían. Debían divertirse jugando al gato y la ratita.

—Le noto perplejo —comentó Doriani— y vamos a darle una tregua, mientras regresamos a su pérdida de memoria. Volvamos al autobús. Eso es, eso es. El autobús que venía de La Villette, ¿recuerda?

—Sí, claro, puesto que se lo dije.

—Eso es, eso es. Procure afinar en su recuerdo… y en lo que me diga, Lefranc. El autobús, ¿no circularía más bien cerca de Denfert?

—¿Por qué… Denfert precisamente?

—Creo que conoció a un chiquillo que reside por Denfert. Henri Duvernet, mejor conocido por Riton. Un buen chico. Pero si es preciso, podrá identificar al hombre al que encontró inconsciente en un solar, exactamente en el mismo sitio donde fue hallado el cadáver de Bresson.

La partida había acabado.

—Usted gana, inspector. Pero puedo explicarlo todo, si me da la oportunidad. Lo que no logro comprender es cómo ataron cabos.

—Zapatero a tus zapatos, dice la sabiduría popular.

Nuestro oficio es sospechar de todo lo que resulte coincidente. Investigando el homicidio de Bresson, nos cruzamos con su pista, Lefranc. El inspector Dupont, al investigar sobre la explosión del *bungalow*, se cruza con su pista. Y esta mañana los investigadores de la muerte de Adriana Prevost topan de nuevo con su pista. Debe estar usted muy atareado, Lefranc.

—Puedo explicar el encadenamiento de todos estos hechos porque todos tienen por origen mi deseo de descubrir lo que me ha

sucedido durante estas tres semanas de ausencia total. Bresson intentaba hallarme y fue apuñalado en Denfert. Yo mismo recobré el conocimiento en un solar de Denfert, pero no quería decirlo porque temía que usted pensase que yo tenía algo que ver con la muerte de Bresson.

—¿Se considera responsable o de poder serlo, de dicha muerte?

—Esto quisiera yo saber sobre seguro, aunque no creo ser del género agresivo.

—¿No? ¿Seguro? Bien… Cuente todo lo que le pasó tal como se le ocurra. Mi compañero domina la taqui. Tomará nota. Lo pasaremos a máquina en el Quai y mañana podrá venir a firmar. Es decir, si no nos vemos obligados ahora a pedirle que nos acompañe.

Les conté la verdad, pero no toda la verdad.

Descubrir un cadáver y callarse, no les gusta con razón a los señores policías. Dije que llames a la puerta de Adriana-Bárbara y ya que no me abría, me fui. No hablé de Montargis ni de la caída de Axel, porque de momento mi única pista era Montargis.

Tampoco cité mi sospecha sobre un miembro de la oficina. No mencioné el recuerdo de la voz de Solange por teléfono, diciéndome que estaba en peligro.

El relato, sin estos detalles, resultaba algo magro, pero el inspector Doriani no me interrumpid y parecía convencido, mientras el inspector Jean Dupont iba trazando signos en su bloc.

—Y eso es todo, inspector. Estoy seguro que comprenderá porque no hablé antes.

—Pues no, no lo comprendo.

—Verá… No quise inquietar a mi mujer. Mi prometida, es mi mujer. Todos los papeles están ya firmados, menos uno. No hay modo de obtenerlo. Ha de extenderlo la Embajada rusa. Porque el difunto padre de mi mujer, escapó de allá. Bueno, la quiero horrores.

El semblante de Solange irradió resplandor de complacencia.

Dupont sonrió haciendo algo parecido a una reverencia. Doriani dijo:

—Es un sentimiento que le honra, Lefranc. Eso es, eso es. Pero en cuanto a la investigación de la muerte de Bresson, todo cuanto usted ha declarado no me adelanta mucho. Dice que estuvo secuestrado durante tres semanas. ¿Es usted millonario?

—Ni mucho menos. Ojalá.

—Entonces, no podían esperar rescate bien pagado. No me negará que es curioso que le rapten, le conserven durante tres semanas, y luego intenten matarle en un solar.

—Misterios que espero poderle aclarar apenas recobre la memoria. ¿A qué hora debo verle mañana, inspector?

—A las tres de la tarde. Señora…

Doriani se tocó el ala del sombrero que acababa de ponerse y dio media vuelta.

Jean Dupont sonrió. Hablaba dulcemente:

—Con una esposa así, señor Lefranc, no debería usted visitar *bungalows* dinamitados. Ni correr todo el día por los valles y montañas de París.

—¿Valles y montañas? —quiso saber Solange intrigada.

—Digamos calles y tejados, señora. Beso su mano. Se fueron. Me quedé. Libre, pero muy escamado.

CAPÍTULO XII

Solange me estaba preparando café. También para ella. Y dijo:

—No pienses más en ellos, cariño.

—Estaba pensando en el misterio de tu voz al teléfono. Creo que el autor del libreto podría aclaramos algo. Quisiera conocerle.

—Puedes verle ahora mismo, si nos vamos ya. Había ensayo. No fui, porque prefiero estar contigo.

Cuando llegamos a los bastidores del teatro, lo primero que oímos fue la voz de Solange. Ella y yo nos quedamos parados. Hasta que exclamé:

—¡Mecachis! ¡Un magnetófono! Debí pensar en algo tan sencillo…

Nos precipitamos al escenario. El Grupo estaba en torno al magnetófono y alguien, al vemos, cortó la rotación de la cinta.

Era un tipo alto, raro, con jersey, barbas y sandalias, aparte de un calzón con el cual hasta debía dormir. Solange me lo presentó.

—Yves Kosta, nuestro director. Lamento no haber podido venir. Les presento a mi prometido.

Intercambiamos saludos. Y finalmente me concentré en el autor del libreto, un muchacho nervioso y parpadeante. Que dijo:

—Estábamos precisamente oyéndola, Solange. Magnifica dicción.

—Me llevé una gran sorpresa —dije yo—. ¿Sabías que habían grabado tu actuación en el ensayo, querida?

Intervino el director de escena:

—Nadie estaba al corriente hasta esta misma noche. Dada la ausencia de Solange, vino bien poseer la cinta grabada. El autor permitió a un conocido suyo que grabase el primer día toda la obra, entre bastidores. Me pareció útil. Si los actores se oyen, se

enmendarán mejor que con todas mis vociferaciones.

—¿Esta cinta estaba siempre aquí, claro?

—Bueno, no. El tipo que la grabó, se la llevó.

—¿Para qué?

—Es un admirador del autor. Quería tener una copia.

—Ah, ya… —y miré al autor—: Su amigo es amante del buen teatro.

—Bien, no es precisamente amigo, amigo. Vino, me pidió la copia, y no tuve inconveniente, puesto que mi obra está protegida por el registro intelectual.

—Pero usted le conoce a dicho admirador.

—No, no. Se presentó en mi casa, el día anterior al ensayo. Le di permiso, a condición de no grabar a la vista. Siempre molesta a los actores, un intruso con grabadora.

Nos fuimos, y en el coche, decretó Solange:

—El de la grabadora, dio la copia a los *gangsters*. Esta pista es formidable, Sim.

—Salvo por un detalle. El lechuzo del autor ni sabe cómo se llama el de la grabadora ni qué pinta tiene. ¿Oíste cuándo le pregunté qué aspecto tenía su admirador?

Rió ella remedando el tono del autor:

—«No me gasto las gafas mirando hombres, señor». Es que Teo Damien es muy quisquilloso. Siempre recela que pongan en duda su virilidad.

—¿Por qué? No tiene aspecto de enemigo de la mujer.

—Cada cual con sus manías, Sim.

La noche se hizo para descansar, cuando el día ha sido agotador.

A la mañana siguiente, apenas llegar al despacho, toqué el timbre para llamar a Lina Lambert, la secretaria de mi socio.

Acudió, risueña, con discreción, correcta en su traje chaqueta, gris. La perfecta secretaria. Le señalé la silla. Se sentó bien. Nada de cruzar las piernas en exceso.

—Las preguntas que voy a hacerle son estrictamente confidenciales, Lina. Ya conoce este fichero. Contiene recortes relativos a todos los robos de caja fuerte. Falten algunos. ¿Los cogió usted para cualquier consulta?

—No. ¿Cuáles faltan?

—El expediente referente al robo del diamante Oreja Mauritana

—voluntariamente alteré la pronunciación de la raza africana.

—¿El expediente de la «Oreja de Mauritana»? Recuerdo que por entonces revisé el caso, antes de que fuera cosido y archivado.

—Bien… ¿Por qué no me dijo que su marido estaba encarcelado en el Canadá?

Ella se sonrojó a fondo. Pestañeaba.

—¿Cómo lo ha sabido usted?

—¿Sabía usted que era un revientacofres cuando se casaron?

—No. No lo era entonces. Trabajaba en una fábrica de instrumentos de precisión. Cuando lo encarcelaron, decidí venir a residir con mis primos aquí. ¿No quería que se supiera que mi marido estaba en la cárcel?

—Pero aquí en París, está usted en relaciones con ladrones de cajas fuertes.

Se irguió ella algo majestuosa.

—Ignoro a qué se refiere.

—No hablo de relaciones amorosas, mujer. Sino de que la han visto con un tal Hubert Coquin.

—¡Ah, sí! Estaba asociado con mi marido antes de que éste partiese al Canadá. Desde la cárcel le escribe para que Hubert me vigile. Le encargó que me convenciese de que mi deber era esperar pacientemente la deliberación de mi buen marido. Hubert me invitó a cenar una noche, aludiendo a amistades en el Canadá, Yo entonces no sabía que era ladrón. Hasta que la policía lo detuvo. Fue la única vez que lo traté.

—Muy bien. Por último, Lina, ¿nunca dio a nadie de fuera, informes sobre mis desplazamientos?

—Nunca. Puedo jurarlo, si quieres.

—La creo. Es todo, Lina.

Se levantó algo desconcertada.

—¿Le hablará de mi marido a Félix… al señor Prince?

—No. En absoluto. Pero usted sí que lo hará. El está enamorado de usted, y más vale prevenirle antes. No se embarque en unas relaciones serias como éstas lo son, partiendo de una mentira, o de ocultar una verdad. No debe avergonzarse. Pudo casarse con un predicador.

Sonriente, se despidió ella:

—Se lo contaré todo a Félix. Gracias. Gracias por todo.

Interrogué a Firmin. Ni idea de dónde estaban los recortes que faltaban. Se le veía sincero.

Pasé al despacho de Félix Prince.

—¿Cómo va eso, Simón? ¿Te encuentras mejor?

—Voy bien. Dime, ¿por qué no me hablaste del robo de la Oreja Mauritana?

—No había motivo. La caja fuerte no era nuestra. No hubo reclamaciones. ¿A santo de qué iba a hablarte de este asunto?

—También es verdad. Hasta luego.

De nuevo en mi despacho pulsé el timbre de mi secretaria.

Norma Orleac acudió con su habitual prontitud y plácida compostura.

—Me dijo usted que el fichero de prensa estaba completo, Norma.

—Lo está.

—Mire por favor, y dígame si no falta ningún expediente.

Los fue recorriendo por sus pestañas, hasta que alzó la cabeza, sorprendida.

—Es extraño. Falta el número 16 – 64. Se refieren al robo del diamante del conde Choderlos.

—¿Quién pudo coger este expediente?

—No lo sé.

Otra que también parecía muy sincera. Sonó mi teléfono. Ella iba a irse, pero le hice señal de que se quedase, indicándole su silla.

Al auricular una voz seca, silabeando despaciosamente, expuso:

—Telefoneé primero a Solange, que me dio su número. Soy Teo Damien.

—¿Qué tal, señor Damien?

—Estuve anoche algo brusco. Excúseme. Hago alusión al desconocido admirador que grabó mi obra. Rebusqué entre mis papeles y encontré su tarjeta. Tiene una tienda de electrodomésticos… Bueno, más bien de aparatos musicales y reparaciones de radio, tocadiscos… televisores. Lo curioso es que no figura su nombre. No… Hay solamente una sigla comercial: MARGOT.

—Muchas gracias. ¿Menciona teléfono?

—No. Bien, si supiera algo más, se lo comunicaré, pero dicho individuo ya no ha vuelto a aparecer nunca más.

—Muchas gracias de todos modos.

Colgué. Había por lo menos trescientas tiendas de aparatos musicales en París.

Mi mirada se extraviaba, y Norma estaba segura que no la veía. Cosa cierta. Se llevó la diestra al cabello.

Y en mi cerebro restallaron dos relámpagos.

Un sótano con rejas. Una mujer de ceñido pantalón y jersey moldeando un busto soberbio. Rubia. Peluca rubia.

Se llevaba con frecuencia la mano derecha al cabello, con un gesto gracioso. Con el meñique, como si apoyase algo. Como si comprobase que su cabello seguía en su sitio, en su coronilla.

Muy amable, muy comprensivo. Me traía el desayuno y la cena. Dos o tres veces se inclinó sobre mi cama. Besaba con fruición, casi con voracidad. Y luego me decía:

—«No debes seguir fingiendo que has perdido la noción de quien eres, Simón. Puede que sepas quién soy yo».

Yo denegaba, yo denegaba…

Y ahora mismo denegaba, denegaba, meneando la cabeza.

Norma me preguntó:

—¿Le sucede algo, señor Lefranc?

—No, nada. Oiga. Su novio puede tener acceso a este archivo.

—No creo, ni le interesaba.

—Pero cuando sube a buscarla, ¿eh? Por curiosidad mira cosas para matar la espera. Por cierto, su novio me dijo que ya tenía la tienda de radio, televisión y grabadoras.

—Sí.

—Vaya, vaya.

Era necesario disimular. Era el maldito y condenado Faust Genlis el que me interesaba atrapar.

—¿Hace tiempo que conoce a Faust?

—Un año aproximadamente. ¿Puedo saber de qué se trata, señor? ¿Tiene usted algo en contra de Faust?

Debí reír tontamente.

—No, por ahora, no. Pensaba en la música de Faust, que si no me engaño andaba enamorado de Margarita. ¿Qué nombre le puso a la tienda?

—Margot.

—Era fácil dominarme. Parecía imposible. Volvía a verme en el

sótano. Y la rubia del jersey y pantalón ceñido que tras besarme decía:

—«¿Te gustó? Piensa en todas las chicas guapas que podrías tener con dos millones de francos. Yo misma, por ejemplo».

Alternaba con Adriana-Bárbara, en el juego de seducción, de persuasión y convencimiento.

No pude resistir más tiempo. Pasé al despacho de mi secretaria.

Estaba esperando con el auricular pegado a la oreja. Me miró fijamente.

—Deje las llamadas ahora, Norma. La necesito.

—Como usted mande.

Colgó. Una secretaria perfecta, disciplinada, casi tímida.

Vestía casi anticuada de tan severa. Resultaba tan excitante verla así, como cuando vi una película de Silvana Mangano. Primero era una novicia de rostro casi angelical. Como ahora Norma.

Y de pronto cambiaba el plano, sonaba música de samba, y aparecía una señora opulenta, esbelta, fantástica prodigio de sensualidad compacta, cantando: «Ya viene el negro zumbón, bailando alegre el compás…».

Como la de la peluca rubia en el sótano.

—¿Le sucede algo, señor?

—¿Por qué?

—Es que de pronto se quedó como quien ve visiones.

—Las veo, las veo. Tengo que comprar una grabadora, Norma. ¿Por qué no viene conmigo y me ayuda a elegirla?

—Como usted diga.

Salimos. No era normal. Otras veces para compras de oficina, ella elegía. Ya en el coche, sentóse ella erecta, manos en el regazo. La clásica secretaria correcta.

—¿Qué tienda me recomienda, Norma?

—La de mi novio, por ejemplo.

—Magnífico. Oriénteme, ¿quiere?

—Está en Grenelle, calle Convention.

Conduciendo pensé en que somos islas. Creemos conocemos y estamos separados por mares de disimulo. ¿Quién podría imaginarse que aquella muchacha tan modosa, tan recatada, era la diablesa en persona que con peluca rubia, me mareaba?

Y que ahora sentada a mi lado, fingía mirar el tránsito.

—Debe usted amar mucho a Faust —dije de pronto.

—Bastante, sí, señor.

—Apee lo del «señor». Estamos fuera del despacho.

—Fuera o dentro, señor, soy su empleada.

—Ya.

—¿Por qué le interesa tanto saber si quiero mucho a Faust?

—Bueno, me cansé ya de la máscara, muchacha.

Respingó ella mirándome asombrada.

—¿Se encuentra bien, de veras, señor?

—Me encuentro superior, Bárbara.

—¿Bárbara?

—Sí, allá en aquel sótano de una tienda, donde arriba venden discos. Donde tocaban el rollo de «La primera vez que nos vimos»… Habían dos rubias. Una, natural, se llamaba Adriana Prevost. La han estrangulado. La otra, llevaba peluca, se maquillaba exageradamente, todo lo contrario de ti. Yo, entre drogas y palizas, me negaba a ir a abrir una caja fuerte. Uno de los golpes debió ser más fuerte y de verdad me entró amnesia, pero la pandilla no me creía. A ratos aparecía Adriana diciéndome que se llamaba Bárbara. Besaba bien. Luego aparecía otra rubia. También decía llamarse Bárbara. Besaba mejor. Eras tú.

—Creo que delira, señor.

—Deliré bastante ahí, dentro, oponiéndome a abrir el cofre del conde Choderlos… ¿Voy bien encaminado?

—La tienda de mi novio es aquélla al fondo.

—Ahora préstame tu máxima atención, muchacha. Yo puedo casi comprender el afán de hacerte rica pronto. Casi creo que Faust te convenció. Como si lo oyera… «No pasará nada, chatita. Total, dos amigos míos se encargan de traerlo. Abre una caja. Y millonarios». Sus amigos Axel y Montargis me cascan y llevan al sótano de la tienda. Pero me niego. Porque sé que no viviré para contarlo, entre otras cosas. Cuando ya logra tu Faust el truco definitivo, hacerme creer que es Solange la que me telefonea, abro la caja, traigo el diamante, me volvéis a encerrar en el sótano. Y aparece por la ventana de rejas a un rostro desconocido. Dice llamarse Bresson, y es un detective al que Solange le ha encargado hallar mi paradero. Me está hablando cuando de pronto enmudece,

gimiendo. Le han golpeado en la cabeza. Se lo llevan y lo apuñalan en un solar.

Tres días después me golpean a mí, para llevarme al mismo sitio. Fallan por poco… Tienen que escapar. Pero hay dos crímenes de por medio, Bárbara.

Crispaba ella las manos. Pronto serían garras. Avisé, ofrezco dos soluciones. Eliges la que mejor te parezca. Vienes conmigo a casa y declaras ante la policía. Te sales bien librada.

Susurró ella:

—¿La otra?

—Visitamos a tu amado, y largo plomo al primero que se sienta otra vez tunante conmigo. Ya sea él, ya seas tú.

Inclinó ella de pronto la cabeza. Se escondió el rostro entre las manos. Sollozaba.

Arrimé el «Simca» a un bordillo de placita tranquila. A cincuenta pasos de la calle donde estaba la tienda en cuyo sótano estuve preso.

Y la voz ahogada de Norma Orleac diciendo:

—Yo no sabía que matarían… Me juró Faust que nos iríamos a vivir como príncipes en la Costa brasileña… si se complicaban las cosas.

Siguió confesándose. Sin parar, suelta, ya la verborrea.

Y finalizando, suspiró:

—Comprendí que no me amaba de verdad, puesto que exigía que yo… alternase con Bárbara… en embrujarle a usted.

Una romántica. Tal vez en sus besos apasionados, latía algo de amor hacia mí.

—Oye, Norma. Haré todo lo que pueda para que te salga poca condena. Un buen abogado. Lo pagaré yo. Bien. Aguarda aquí.

—¿Dónde va usted?

—A charlar con el gandul verraco de lechuzo que me susurraba a la espalda. No tiene perdón él. Axel y Montargis sí, porque son dos hampones por nacimiento. Pero Faust podía ganarse la vida decentemente, y prefirió… En fin, no soy juez. Aguarda aquí. No hagas ninguna tontería, muchacha.

Asintió ella, abatida. Me apeé y cuando giraba la esquina de la plazoleta, me sonrió cortándome el paso, Jean Dupont. El inspector.

Respingué. ¿Ya sabían todo lo que sólo podía yo saber por el

retorno de mi memoria?

—Hemos seguido su «Simca», señor Lefranc. Por cierto, tiene un micro. No lo vio claro. Hemos oído su conversación con Norma. Deje de nuestra cuenta a Faust Genlis. Sí… Cada cual a su decente trabajo, señor Lefranc. Diríjase recto a su casa. Hay novedades.

Acudía conmigo. Ayudaba a Norma a bajar cogiéndola por un codo.

Yo partí embalado.

Estaba un «404» negro ante mi casa. Pero era de la policía. Y Doriani anunciaba:

—De momento tenemos ya a Montargis a buen recaudo. No canta, pero cantará.

—Escuche, me dijo el inspector Dupont…

—Lo que él oyó, lo oí. Venga esta tarde a las tres. Otra vez, sea más claro. Nosotros queremos ayudar, y que nos ayuden. Sí, comprendo. Usted temía… Bien, hasta luego. Tome eso.

Me tendía un sobre largo, voluminoso. Lacrado. Añadía secamente:

—Tengo influencia relativa en las Embajadas. Mis saludos a su señora esposa.

Subí las escaleras de cuatro en cuatro, Arriba, Solange al abrirme mostraba semblante asustado.

Y le expliqué todo. Cómo surgió la luz al hacer Norma un gesto que seguía a lo que acababa de telefonearme Teo Damien, el autor teatral, sobre una tienda llamada Margot.

Faltaba un detalle: el dinero de más en mi cartera. Cuando cayeron de la caja abierta, unos fajos de billetes, Axel, bromeando a su modo, me metió unos cuantos en el billetero. Dijo sería mi paga.

Y la tarjeta de Bresson la deslizó él mismo por entre las rejas.

Abrimos el sobre. Contenía el dichoso documento que faltaba para legalizar nuestra situación.

El suspiro de Solange Lefranc, mi dulce esposa, me hizo olvidar todo el pasado. Sin ser amnesia. Era delicia, satisfacción de vivir.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)
es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los año setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.
V. De
brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, V. Debrigaw, y Vic Peterson.